ANSELMO GÓMEZ

LA DAMA DE ARINTERO

LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
Avenida del Conde de Peñalver, 16.
MADRID.—1926

LA DAMA DE ARINTERO

ANSELMO GÓMEZ

LA DAMA DE ARINTERO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
Avenida del Conde de Peñalver, 16.
MADRID 1926

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.). Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

PROLOGO

En el prólogo de La Pecadora de Isoba *he considerado necesario desentenderme de la responsabilidad de haber escrito un drama histórico. En* La Dama de Arintero *tengo que asumir esa responsabilidad, si bien he de explicarla, para mayor indulgencia e inteligencia de los amigos que pueda adquirir la obra. No escribo para los críticos, que siempre saben mucho más que los autores, sino para quienes en mi jardín no rehusen que les lleve de la mano y muestre mis puntos de vista desde ángulos para ellos desconocidos. Pues la verdad de que la obra dramática no necesita explicación, porque debe explicarse por sí misma, no pasa de ser una verdad a medias, como muchas otras que corren por axiomas en el campo tan reducido de la inteligencia humana.*

El autor dramático no debe reproducir un período o hecho histórico más que para interpretarlo según su leal saber y entender. Su principal objeto es ahondar en la significación, al refundir el todo, y explicar satisfactoriamente las causas no descubiertas a simple vista, valiéndose honradamente de los pormenores disponibles, sin que le esté vedado inventarlos y su-

plirlos. Al revés que el historiador, ha de preocuparse más del espíritu que de la letra, pues uno extrae el significado y otro inhala el soplo de vida. En realidad, su misión es resucitar el pasado, infundiéndole el espíritu que lo animó, y revelarlo en sus características, a manera que el actor encarna su personaje. Pero éste es un ideal alcanzado sólo en la ilusión. Para penetrar en el espíritu de épocas remotas se requiere una capacidad sobrehumana; y de ahí resulta que la tarea del drama histórico es de ordinario más modesta, concretándose más bien a resucitar el pasado infundiéndole el espíritu del presente, que es también el prisma por el que el espectador lo contempla. En que ese espíritu sea o no comprensivo y penetre más o menos en el de la época vivificada está el acierto o fracaso. No se concibe otra manera leal de abordar ni apreciar tal drama.

Sentado este carácter histórico, dejemos a la sagacidad de algún crítico dar con otra clasificación certera y ponga el autor de manifiesto la sustancia y composición de la obra, porque no sólo intenta llevar a la balanza el realismo de personajes que podría haber tomado del natural y el simbolismo de otros completamente irreales, que encarnan ideas, abstracciones, instituciones o anhelos, sino que se introducen otros modos artísticos, envueltos necesariamente en el desarrollo de todo asunto complejo, como es la creación del pequeño cosmos de un drama.

En primer lugar, aun tratándose de una época no muy remota, cual la de los Reyes Católicos, ha de referirme a la mina de que he extraído los materiales,

no por lo rica, sino por lo oscura, pues aparte algunos hechos, en los historiadores sólo he hallado y utilizado rasgos para trazar las figuras de los reyes, cuya reproducción he procurado fuera fiel. Los demás personajes son exclusivamente de mi magín. La heroína es casi legendaria, aunque eso no debe sorprendernos, porque toda persona de su temple es ya legendaria en vida. Los entendimientos inferiores hacen siempre algo fantástico del superior que no entienden. Subnormales ellos, no conciben la amplitud de una capacidad normal o supranormal, y a menudo juzgan una y otra anormales. Así no debo equivocarme si supongo que ni en casa de su padre fué comprendida y la hago blanco de envidia y veneración por sus dos hermanas. Por algunos datos que de ella quedan, sabemos su nombre y que tomó parte en los hechos de armas referidos. También conocemos su apellido real, que, por ser tan común, se lo he cambiado por el del Cid. Es humano, antes que esclarecer un nombre, apetecerlo esclarecido, y no quise tropezar en esa primera piedra. Por lo demás, a falta de preparación y vocación para explorar archivos, en los que acaso se encontraran materiales preciosos, sólo me permite fijarme en que sus escudos se multiplican en los lugares del contorno de Arintero, y la tradición conserva viva, si no pura, la memoria de sus hazañas y localiza precisamente (1)

(1) En Arintero señalan aún hoy la casa, reformada, en que nació la heroína; pero nadie se atribuye, por lo que he podido observar, descendencia de su familia. En La Cándana existe todavía la rama de sus parientes; conserva su apellido

dos acontecimientos fundamentales de su vida, cuales son, como en la de cada uno de nosotros, el nacimiento y la muerte. Y la tradición se ha comprobado varias veces que, en circunstancias favorables, puede retener en la memoria del pueblo hechos históricos, no por cuatrocientos, sino por más de cuatro mil años.

Algunos doctos paisanos míos se resisten a creer que la muerte de la heroína haya ocurrido en el lugar y del modo que aseveran la tradición y el drama. Cierto es que los escudos en el pueblo no lo prueban a nuestra satisfacción como a la de la gente sencilla; pero ¿no hubiera sido infinitamente más difícil fraguar la tradición que la muerte? La solución hallada pone a salvo la conducta de los reyes, que puede ser obsesión en el partidario de toda autoridad, aun sabiendo cuán llena de peores crímenes está la historia, que le lleve a tener del caso una intuición menos certera que el pueblo ignorante.

He de consignar aquí que la mujer esforzada y varonil que va a la guerra y vuelve vencedora es asunto de la mitología y literatura de todos los pueblos. No será en todos realidad de la vida, pero es, sin duda, ideal o sueño que se realiza con frecuencia en toda nación de pasado largo y glorioso. Consciente del hecho, el temor y la veneración me retraían del tema, pero el drama continuaba su desarrollo y tuve que acabar con él porque no acabara conmigo.

---

y tiene en mucha honra y veneración el escudo y un cuadro de la Dama, con un pergamino en que se hace mención de las mercedes que le fueron concedidas.

De la Dama no pretendo hacer un símbolo, sino explicarla tal cual la entiendo, como una criatura muy humana, único modo de que pueda interesarnos. No he de juzgar yo si acierto a personificar en ella ese sencillo y humano realismo español que han descubierto algunos viajeros septentrionales entusiastas de nuestro pueblo; pero de esa y no de otra manera la concibo. Para mí no fué siquiera una heroína excepcional y aislada, sino una mujer sencilla, de la cepa de Jimena Blázquez, María Pacheco y Agustina Zaragoza, que las circunstancias hicieron a la vez más desconocida y extraordinaria. La misma María Sarmiento, cuya parte en los hechos se reproduce fielmente, sólo aparece en escena para corroborar esta apreciación.

El primer problema que había de resolver el drama era explicar la primera determinación heroica de la protagonista. Dado este paso, los demás podían ser consecuencia obligada. Pues bien: en el descontento y la hostilidad del ambiente veo yo la fuerza principal que la lanzó a la guerra, sin ignorar la parte secundaria que pueden haber tenido en ello los impulsos de la edad y de su corazón magnánimo. Lo mismo para el bien que para el mal, el hombre necesita ser espoleado de algún modo, hasta formar el ímpetu que venza la inercia y la pereza. Y nada le espolea tanto como el odio y el amor empujándole en una dirección, pues "son odio y amor barras del tren humano", mientras no domina o destruye uno a otro, lo que suele ocurrir bastante adelante en el camino de la vida y sólo en los tipos extremos. La vi-

sión de las paralelas en lontananza es en esto exacta para los pocos y errónea para la generalidad, que brega con su odio y sus amores—los más, pueriles—toda la vida.

Un espíritu delicado ha de rebelarse o envilecerse en todo ambiente grosero. Discordias de familia, la ordinariez rampante, el simple hacinamiento de mujeres, todas y cada una de esas circunstancias podían echarla de casa, sin añadir el sacrificio por los suyos, que nunca rehusa un alma noble. No hubo en ella romanticismo alguno, que no cabía en la aspereza de su vida, ni la empujó el vacío del amor, aunque más tarde la hago reconocer que lleva esa tragedia en el alma. De todos los tiempos se sabe de princesas satisfechas con el amor del cochero, porque acaso eran de espíritu inferior aun al del auriga; pero Juana se me figura de un espíritu tan excelso, que no hubiera hallado suficientes los amores de ningún príncipe, y, sin embargo, de haber llegado al pueblo, hubiera aceptado probablemente a Aquilino. Por lo menos, ésta es la visión, necesariamente imperfecta, que alcanzo de su personalidad, como tipo y función de la naturaleza femenina.

Si bien huelgan más razones, aparte, y sobre estos motivos, hemos de reconocer también el influjo considerable que han debido tener en semejante determinación los caracteres del alma geográfica. Arintero álzase en un soberbio anfiteatro de roca, a más de 1.200 metros de altura, y tiene que encender en sus naturales el ansia exploradora y el deseo de descender siquiera por una vez a la planicie. Así como los

habitantes de la costa sienten la pasión por el mar —el afán de sondar o ir más allá de lo insondable que les limita—, el que vive en el extremo más alto del camino se ve empujado, como el ave cuando en el nido le crecen las fuerzas y las alas, a lanzarse al mundo, con anhelo tanto mayor y más irresistible cuanto que desconoce la duda y el tormento en la elección de la senda, por ser natural, única y obligada.

No se me oculta que cualquier agudo o presuntuoso neurópata, lego o profeso, que en ambas sectas abundan, de los empeñados en explicar las cosas científica y no racionalmente, aduciría otras razones y tendría del asunto, como de la mujer, una visión muy distinta. Yo no tengo más ciencia que la que mi pobre sentido común alcanza, y no llego a ver otra cosa. Que me perdonen mis paisanos si falseo la tradición respecto a la exención de contribuciones, porque creo que la tradición falsea el espíritu de la Dama, que no podía reparar en intereses tan materiales y mezquinos cuando intentaba libertar a su pueblo del azote de Marte. Pero hay quien se deja mejor arrancar un hijo que la contribución, y acoge propicio esa idea halagadora, que pudieron sugerir los que pagaban contribuciones y no tenían hijos. Bien sé que esto ha ocurrido en otro caso semejante; pero no puedo atribuir tal hacendosidad a nuestra Juana.

También prescindo de la tradición en otros detalles que la gente sencilla parece haber tomado y adicionado de leyendas y romances, cuya traza inequívoca descubre el menos avisado. Si presento tres her-

manas en lugar de siete, es porque me parece más serio, y no puedo admitir pormenores de melodrama ni dar crédito a la noción popular de las aficiones de la heroína. A mi ver, se distinguió por su desprecio a la muerte, no por carácter varonil; y le atribuyo la invención del puente de mantas, propia de mujer o sastre, atento a la fuerza de los antecedentes, que hace de la acción de hoy fibra del alma de mañana.

En los demás personajes ya no he tratado de crear individuos, que apenas nos interesarían, sino tipos, algunos casi deshumanizados. Los mozos y los viejos, en la primera escena, con su marcado egoísmo, son mera expresión de fuerzas y edades. Mendoza es el poder que actuaba detrás del trono y ganaba batallas para el rey, pues no es creíble que éste las ganase a los doce años, como se lo atribuye una adulación monstruosa, que parece más propia de esta nuestra edad reblandecida. Lo mismo podía haber sido Guzmán o Alba el caudillo sagaz y prudente; mas, fundado en la influencia de la Iglesia en los acontecimientos, he preferido concentrar aquel poder en un eclesiástico accidental, como deben haber sido los obispos guerreros de aquellos días, y personificar en él un racionalismo inteligente, opuesto a la piedad ignorante, que me parece una de las corrientes de la Iglesia. El pastor Bartolomé es la personificación de la fidelidad y lealtad a la corona del pueblo que realizó tales empresas. Aquilino es un tipo del pueblo, mozo rudo y fuerte, boyante en su medio, pero cobarde como el buey en tierra ajena. Vencido por la adversidad, ahoga sus penas en vino, y, porfiado en

el amor, conserva un rayo de esperanza hasta cuando vuelve encorvado de ultratumba. Finalmente, la envidia, que considero el móvil de la tragedia, la expreso o insinúo por la relación de los hermanos palatinos, celosos de sus privilegios y abroquelados hasta con el crimen para defender su pitanza. De los demás personajes no creo sea necesario hacer mención.

La semblanza de la vida de Juana, bella sin disputa, tiene un punto flaco como obra de arte, a saber: su desenlace casual. La casualidad no debe entrar en el drama, y menos en el desenlace. Las razones que aduzco para explicar el hecho no llegan a hacerlo obligado por completo. Un paso más la hubiera llevado a Arintero y evitado la tragedia de La Cándana. Así no se dispersan las sombras de desgracia que se ciernen sobre su fin. De aquí la necesidad de mirar las cosas desde otro plano, en que la muerte aparezca como un mero accidente en su carrera, y completar la obra con el epílogo, acto más que, según observación conocida, convierte la tragedia en comedia. Después de todo, si traemos a nuestra presencia los personajes de un mundo que fué, bien podemos hacerles ver el nuestro y dar cima a la acción mirándolo por sus ojos.

Son los seres esclarecidos las almas de los pueblos, que los animan y reaniman hasta cuando parecen más postrados o adormecidos. Sean o no las circunstancias presentes las más apropiadas, desde este punto de vista, para publicar La Dama de Arintero, *la ambición y el intento del autor sólo se encontrarían*

colmados si el pueblo reconociera en ella un pedazo de su alma.

Adelantándome a los cargos de imitación que puedan hacérseme, he de confesar que del "más potente cerebro conocido en Europa" he tomado "luz y calor", y puedo haberme dejado influir en el desarrollo de la obra, pero no en su génesis, que arranca de años antes de conocer su drama de la santa francesa. Sinceramente confío en que esa luz aun no me habrá iluminado bastante para colorear la sustancia, y se proyectará sólo sobre la forma, aunque también ha contribuído a mi decisión de poner, por una vez, un largo prólogo a un drama.

Madrid, mayo 1925.

ESCENA PRIMERA

El atrio de la iglesia de Arintero en la mañana del primer domingo de septiembre de 1475. Salida a ambos lados delante de la iglesia. Campanario de espadaña; poyos de piedra a los lados. Frente a la espadaña, dos grandes fresnos. Detrás, prados, el río, el monte y luego la roca viva.

La gente ha salido de misa, menos algunos rezagados.

A la izquierda, de pie, seis u ocho mozos, más que individuos, partes autómatas de un todo; parecen moverse y pensar en grupo, y hablan por turno, subiendo o bajando de tono maquinalmente, excepto cuando hablan todos a la vez, también con cierto ritmo. En el poyo de la derecha, cuatro viejos sentados al sol en beatífica actitud musulmana; también hablan por turno y parecen pensar como uno solo. En el poyo de la izquierda, algunos hombres de varias edades accionan, pero no hablan. En el centro, un mozo y un viejo, AQUILINO y ESOPO, de pie.

LOS MOZOS.—1.° Eso de vender la plata, poco a poco.—2.° La plata no saldrá de la iglesia.—3.° El que la quiera, que venga por ella.—4.° El que intente venderla será nuestro enemigo, y nos levantaremos contra él.—5.° La plata es de la iglesia, y la iglesia es del pueblo. El pueblo la edificó y la sostiene.—6.° Eso es. ¿No acabamos de retejarla y pagar y traer la teja, que nos cuesta la mitad de la renta del

boyal?—7.º Y eso mismo tenemos que hacer todos los años.

(Una mujer, tapada con mantilla, sale de la iglesia, pasa por detrás de los mozos, y desaparece por la izquierda.)

Los VIEJOS.—1.º Veremos lo que dice ahora el señor cura. La pastoral habla de todas las iglesias —todas las iglesias—, pero no la de Arintero.—2.º Eso no puede rezar con esta iglesia, que no tiene más objeto de plata que el cáliz, y ése no creo que nos lo vendan.—3.º ¡Qué barbaridad! ¿Vendernos lo que tenemos en la iglesia?—4.º El cáliz lo trajo el difunto Clemente de Extremadura, en cumplimiento de un voto. Es lo que se llama un exvoto.

Los MOZOS.—1.º ¡Un exvoto y quieren vendérnoslo!—2.º ¡No lo consentiremos!—3.º ¡No lo consentiremos!—4.º Pondremos guardia a la iglesia, de día y de noche.—5.º ¿Quieres que hagamos guardia, Aquilino?

AQUILINO.—Ya sabéis que siempre estoy dispuesto a lo que queráis para defender el pueblo, como no sea a dejarme cortar la cabeza.

PEDRO *(Cincuenta y ocho años, emerge del poyo de la izquierda)*.—¿No tienes bastante, Aquilino, con ser un buen corredor y el mejor luchador y tirador de barra del contorno? ¿Quieres hacer todavía más hazañas?

AQUILINO.—¿De qué sirve correr, y luchar, y tirar la barra, tío Pedro, después que se pasan algunos años dando barrigazos por las romerías, si con ello no consigue uno lo que quiere? Todo eso es viejo

ya. Hay que probar algo nuevo, algo nuevo. A ver si nos lo depara la pretensión del obispo de vendernos la plata de la iglesia.

Los mozos.—1.º Lo nuestro es nuestro, y no nos o dejaremos arrebatar.—2.º Va a llegar la hora de nedir las fuerzas.

Los viejos.—1.º Paz y pan.—2.º ¡Paz y pan, Señor, te pedimos!—3.º Paz y pan.

Pedro.—*(A los* mozos.)—Toda vuestra valentía no bastará para impedir lo que el obispo se propone. Así como el obispo nos da y nos quita el cura cuanlo le da la gana, nos quitaría la iglesia, si pudiera levarla a cuestas o cargarla sobre nosotros. Pero si no puede llevar al hombro la iglesia, llevará, si se le antoja, lo que dentro tiene de valor.

Los mozos.—3.º ¡No lo consentiremos!.—4.º ¿Llevarnos el obispo lo que es nuestro?—Todos. ¡No lo onsentiremos!

Pedro.—No sirve decir que no si el obispo dice ue sí. Ya lo oísteis al señor cura. La guerra ameaza acabar con todo. Todo nos lo llevará: vidas y aciendas, vidas y haciendas; sangre y dinero. Si no ega a arrasar nuestras casas, lo que Dios no quiera.

Los viejos.—4.º Paz y pan.—1.º ¡Paz y pan, Seor!—2.º ¡Paz y pan te pedimos!

Los mozos.—1.º Dejadnos usar nuestra fuerza.— .º Usemos nuestra fuerza viviendo nuestra vida.

Pedro.—Nos impondrán nuevos tributos de sanre y dinero. Sangre y dinero. Los obispos ya pueron a la disposición de los reyes la plata de las glesias, y si vienen por ella, habrá que darla. ¿Creéis

vosotros que los obispos se desprenden así como así de la plata de las iglesias? Antes la oveja daría graciosamente el vellón. ¡Buenos son los obispos!

AQUILINO.—Vamos nosotros a defender lo que haya que defender; pero lo que es del pueblo, en el pueblo ha de quedar.

LOS MOZOS.—3.° ¿Sabéis lo que debemos hacer, antes que nos lo lleven? Robarlo y esconderlo en el monte.—4.° ¡Eso! ¡Eso! Robarlo y esconderlo. *(El grupo se parte en dos. La mitad sale en fila.)*

CIRILO.—*(Viejo que sale de la iglesia con el bodigo en una cesta, que deja en el poyo.)*—Santos y buenos días nos dé Dios.

VARIOS.—Buenos días nos dé Dios. Buenos días, tío Cirilo...; etcétera.

AQUILINO.—¿Se mojará la uva, tío Cirilo?

CIRILO.—*(Socarrón, mirando al cielo.)*—¡Carraspa, si se mojará! Con el aire del Sur que sopla. La uva y el lagar se va a mojar.

ESOPO.—*(Parecido al de Velázquez.)*—Al diablo que entienda lo que hacen y tienen que hacer los obispos en esta guerra. Los de Castilla no están de acuerdo, y se baten como leones. Sólo los de León se entregan como corderos. El arzobispo de Toledo es aliado del rey de Portugal. Y no es cuco y viejo ese zorro.

PEDRO.—Los de León son los leales. El arzobispo de Toledo es el traidor.

ESOPO.—Yo os digo que entre dos iguales nunca hubo diferencia. Cada uno es cada uno; pero no se sabe a punto fijo quién es cada uno. Lo cierto es que

unos obispos están contra otros. Y luego quieren hacernos creer que se sacrifican—nuevos Cristos—por la religión, cuando lo que sacrifican es la religión por su codicia.

EL MONAGUILLO.—*(Sale brincando de la iglesia, y saluda en voz cascada.)*—Buenos días nos dé Dios.

AQUILINO.—Adiós, sacristán, hurtavino y ganapán.

(Otra mujer, tapada con mantilla, sale de la iglesia, y desaparece por la izquierda. Tras ella, como echándola, sale el CURA. *Bendice el bodigo y a los circunstantes, que se descubren; está como rezando un momento, y cúbrese, imitándole todos los presentes.)*

EL CURA.—Buenos días nos dé Dios.

VARIOS.—Buenos días, señor cura. Buenos días nos dé Dios.

CIRILO.—*(Solemne.)*—Se remata el pan de las ánimas. ¿Quién da por él más de cuatro cuartos? Cuatro cuartos por media hogaza. ¿Quién da más?

ESOPO.—¿Cómo va nuestra causa, señor cura?

CURA.—¿Cómo ha de ir, Esopo; cómo ha de ir? Como van las causas entre traidores. El reino es hoy un río revuelto, que no se sabe cómo ni por dónde aclarará.

ESOPO.—¿No seremos vendidos?

CURA.—La reina Isabel no nos vende. Y con ella se hundirá o salvará el reino. Digna es de la victoria, y Dios se la conceda.

ESOPO.—El rey y la reina no nos venden; pero

nos traiciona el arzobispo de Toledo. Espíritu siniestro será el suyo.

Cura.—Nos traicionan todos los nobles desmandados que huyen de la justicia y de los cuadrilleros de la reina. ¿Quiénes, si nó, habían de entregar las ciudades de Toro y Zamora, tan bien defendidas como están las dos por el río?

Pedro.—Son las ciudades que más podía apetecer el rey de Portugal. Le abren el camino hasta el corazón de Castilla.

Esopo.—Mucho corazón hay que tener para llegar al corazón de Castilla.

Cura.—El corazón de Castilla está donde la reina Isabel. La reina Isabel es el corazón de Castilla.

Aquilino.—Y de León. León y Castilla serán fieles.

Cura.—Estamos rodeados de enemigos y traidores; pero tened fe. Nuestra causa es justa, y el cielo nos ayudará, porque León y Castilla están más cerca de él que Portugal.

Pedro.—Díganos vuestra merced, señor cura: la iglesia ¿va a vender el cáliz para la guerra?

Cura.—¡De ningún modo, hombre! ¡De ningún modo!

Los mozos.—*(A la vez.)*—¡Ah! Esta es otra. *(Salen en fila, como antes.)*

Pedro.—El cáliz es el único objeto de plata que hay en la iglesia. Entonces no necesitaba vuestra merced leernos la pastoral.

Cura.—¡Qué quieres! Somos siervos de los sier-

vos de Dios, y no señores. Mandan leer la pastoral en todas las iglesias, y hay que hacerlo.

LOS VIEJOS.—4.° El cáliz es un exvoto, y no se debe vender, sobre todo sin contar con el pueblo. Hay que respetar la voluntad del que lo trajo.—1.° El pueblo no consentirá nunca que se venda.

CURA.—El pueblo no puede intervenir en el gobierno de la Iglesia. La Iglesia dispone libremente de lo suyo.

AQUILINO.—Pero si la edificó y la sostiene, ¿no pertenece la iglesia al pueblo?

CURA.—El pueblo pertenece a la Iglesia, por la gracia de Dios.

ESOPO.—Las instituciones, si son poderosas, son como los cuervos. Críalos, y te sacarán los ojos.

LOS MOZOS.—*(Entran todos.)*—1.° No hay más amo que el pueblo.—2.° No hay más pueblo que el amo.—3.° El pueblo soberano, sobre todo.—4.° No hay más amo que el pueblo.

LOS VIEJOS.—1.° No podemos nada.—2.° No va-emos nada.—3.° No tenemos nada.—4.° Era todo nuestro, y todo nos lo arrebataron. No nos queda más que la resignación.

LOS MOZOS.—5.° No, no queremos resignación mu-ulmana.—6.° Doctrina de vencidos y conformidad de esclavos.—7.° Si aquí no hallamos luz alguna, ire-mos más allá del horizonte.—1.° Lucharemos por otra luz, aunque en la lucha lleguemos a consumir la vida.—2.° Nuestro sacrificio iluminará al mundo, y verá todo aquel que tenga imaginación.

CIRILO.—Cuatro cuartos por el bodigo. ¿Quién da más?

ESOPO.—Cinco, Cirilo; cinco.

CIRILO.—Cinco cuartos. A ver quién da más. ¡Carraspa, el que no quiere dar nada tendrá que darlo todo! ¿Quién da más?

CURA.—¡Vamos! Hasta los ocho siquiera.

PEDRO.—Seis cuartos.

CIRILO.—Seis cuartos. ¿Quién da más, que más vale?

AQUILINO.—La Iglesia debe ir de acuerdo con el pueblo y no tener otro interés, si no quiere ser su enemiga. Nuestro bien será su salvación, y no el bien de la Iglesia nuestra salvación.

CURA.—No se trata de vender el cáliz—¿con qué había yo entonces de decir misa?—, sino la plata sobrante de las iglesias; la enormidad de plata amontonada y sin servicio que hay en otras iglesias. Sólo los ignorantes y simpletones como vosotros toman al pie de la letra lo escrito. Y no hay remedio, sin dejar de ser lo que sois. Vosotros veis el mundo por este medio mezquino, y es inútil querer mostráros lo de otro modo. Ciertamente, en nuestra miseria no podéis comprender la cantidad de plata acumulada en las iglesias de las poblaciones, que en muchas llega a ser un estorbo, y la piedad o la fatuidad—Dios me perdone—de los donantes aumenta todos los días. Vosotros temed las nuevas levas.

CIRILO.—¿Quién da más de seis cuartos, que lo remato?

Esopo.—Siete. Coge pan, Esopo; que vino ya te lo darán por el camino.

Cirilo.—Siete cuartos. ¿Hay quién dé más?... *(Suena una campana.)* Que toca a concejo el regidor. ¿Hay quién dé más?

Aquilino.—Pero ¿cree vuestra merced, señor cura, que tendremos nuevas levas?

Cura.—¿Para qué ha de ser la plata de las iglesias, sino para costear las nuevas levas?

Pedro.—Lo que tendremos serán nuevas contribuciones.

Los viejos.—1.º ¡Paz y pan, Señor, te pedimos! 2.º ¡No nos lo niegues!—3.º Paz y pan, y menos contribución.

Cura.—Pedid más gracia y menos bienes. Ved la Iglesia, nuestra madre, cómo en el momento del peligro lo da todo por vosotros.

Esopo.—¡Líbranos, Señor, de los diezmos y primicias de tu Iglesia!

Pedro.—¡Líbranos, Señor!

Cura.—La codicia senil que se ha comido la conciencia.

(El Regidor *entra por la derecha con el* Heraldo.)

Regidor.—*(Emocionado y premioso.)*—¡Convecinos!... ¡Convecinos!... Aunque no es costumbre traer forasteros a concejo, hemos de hacer hoy una excepción. Hemos de variar..., variar, porque no de asuntos del pueblo, no de paz, vamos a tratar, sino de guerra, de la guerra. Cuando el enemigo común intenta ponernos la rodilla sobre el pecho, no puede

haber tú ni yo: debemos todos responder como un solo hombre. Así, pues, no nos toca hoy otra cosa más que responder al llamamiento.

CURA.—Estamos preparados para oír.

PEDRO.—¡Eso! ¡Eso! Oír antes de responder.

REGIDOR.—El forastero trae un mensaje. Y, ciertamente, no os lo he de exponer yo, porque ¿quién mejor que el que trae un mensaje puede participarlo?

AQUILINO.—¿De quién es el mensaje?

HERALDO.—De la capital del reino me envían a sus confines.

CIRILO.—Cuando en la capital se acuerdan de nosotros, es porque nos necesitan. Las capitales, en tiempo de peligro, acuden al campo y le lleman hermano; pero en épocas de prosperidad y orgías, ¡ah!, entonces no es para ellas el campo gañán siquiera. Es lugar de mal nombre. Y viven de él sobre nosotros. ¡Carraspa, los rábulas expoliadores!

REGIDOR.—Así, pues, escuchad con atención al forastero. *(Siéntase en el poyo.)*

CURA.—Aun no sabemos quién es.

CIRILO.—Ya sabemos lo que nos puede traer.

PEDRO.—Bien venido sea, si no viene a imponernos algún tributo.

HERALDO.—*(Con importancia.)*—Dejad las riendas del caballo al caballero. Un heraldo del rey os habla.

LOS MOZOS.—4.° ¿Un heraldo del rey?—5.° ¿Qué demanda de nosotros?—6.° ¿Un heraldo del rey en nuestro pueblo?

Los viejos.—4.° Bien venido seáis, heraldo del rey. Esta es gente bien criada y no recibe mal al forastero, si viene en son de paz.

Esopo.—Pero decidnos: ¿es el rey o la reina quien en el reino reina?

Heraldo.—Nunca mejor que ahora se administró el enjambre humano. El rey dirige la guerra y la reina gobierna la casa. *(Ridiculizando al viejo.)* Y uno y otro ponen un poco de uno y otro en lo de uno y otro.

Cura.—En saber y mandar, el seso y no el sexo debe guiar.

Heraldo.—Veréis cómo así ambos hacen portentos.

Pedro.—No descubrirán un nuevo mundo.

Heraldo.—Lo puede descubrir cualquiera, sólo con salir de su casa y de su concha, en no teniendo el caparazón impenetrable. Y pueden además crearlo. No están haciendo otra cosa los Reyes Católicos.

Pedro.—Señor heraldo del rey, aquí, al pueblo, no llegan los boletines.

Heraldo.—Por lo visto, no llegan más que los anuncios de contribuciones y gabelas.

Pedro.—Y los recaudadores, señor, y los recaudadores. Que no sea vuestra merced uno de ellos.

Heraldo.—Es más grave la misión que me trae hoy a vosotros. Hombres de Arintero: sabed que el reino está en peligro. De súbito aparecieron en nuestro campo el enemigo y el traidor. Tropas del vecino reino han invadido nuestro territorio, y nobles des-

leales se sumaron a ellas en favor de una mujer ilusa que pretende el derecho al trono de nuestra reina.

AQUILINO.—Ya lo sabemos. El arzobispo Carrillo, que escupe por el colmillo.

HERALDO.—Hombres de Arintero: el rey os llama; el rey os necesita y os pide un esfuerzo supremo para arrojar al enemigo y al traidor de nuestra casa.

AQUILINO.—Pues acudiremos al llamamiento del rey. Mozos de Arintero: vamos a hacer ristras de cabezas con las de nuestros enemigos.

LOS MOZOS.—1.º Vamos todos dondequiera que haga falta fuego y fuerza.—2.º Dondequiera que haga falta fuego y fuerza. *(Todos a la vez.)* Fuego y fuerza.

LOS VIEJOS.—3.º De la peste, del hambre y de la guerra, líbranos, Señor.—OTROS. Líbranos, Señor; líbranos, Señor.

REGIDOR.—Tened fe en nuestra reina.

CIRILO.—¡Carraspa! Y en el rey Fernando, que es un real mozo.

CURA.—Sobre todo, tened fe en Dios y en nuestra justa causa.

HERALDO.—Todos los hombres útiles han de tomar las armas en la mano. Más generosidad ha de haber alguna vez que la generosidad de la juventud. Es preciso alistar todos los hombres de diez y ocho a sesenta años. *(Asombro entre éstos.)* Mañana irán a hacer noche a León, saliendo de aquí temprano. Allí espera la reina por sus tropas para conducirlas ella misma.

Aquilino.—¿Está la reina en León?

Heraldo.—Ha venido a entendérselas con don Alonso de Oblanca, alcaide de las torres de León. Mi gente baja haciendo la recluta por los pueblos, y debéis uniros a ella. Yo tengo que partir esta misma tarde, a reunirme al rey en Burgos, y llevaré de aquí un soldado que me acompañe.

Cirilo.—¿Qué hace el rey en Burgos, cuando está el enemigo en Zamora?

Heraldo.—El rey está en Burgos. No es costumbre decir la verdad ni los reveses en la guerra; pero a vosotros he de decíroslo todo. El rey está en Burgos sitiando el castillo, cuyo alcaide se sublevó; pero no tardará en someterse como vuestro Alonso de Oblanca, que ha sido cuerdo en acatar a la reina antes que el cadalso.

Cirilo.—¡Carraspa! Estamos rodeados de enemigos y traidores.

Esopo.—Traidores o pobres diablos; pícaros y granujas.

Heraldo.—Por eso no hemos de perder tiempo. Preparaos todos, y ánimo, que en Zamora nos veremos a otra hora. Y que esté listo el soldado que ha de venir conmigo, mientras voy al mesón a catar el vino del mesonero. Adiós, gente. *(Sale por la derecha.)*

Regidor.—Hay que alistar todos los hombres. Es la guerra; es la guerra. *(Todos se ponen en pie.)*

Los viejos.—1.° El azote que asolará los campos y la raza.—2.° Todo perecerá en la hoguera de la vida.—3.° No hay remedio. Esto acaba con nosotros.

Los mozos.—4.° Ya hemos hecho la cosecha; va-

mos a hacer la matanza.—5.º A matar o ser muertos. Viene a ser lo mismo.—6.º Nosotros sabremos dar la vida. La vida por la causa.

CURA.—¿Para qué contar los que van? Se cuentan más pronto los que quedan.

REGIDOR.—Es verdad, es verdad. Quedan los cuatro más viejos, Cirilo y Esopo.

CURA.—Y el regidor. El pueblo necesita una cabeza.

REGIDOR.—Nosotros permanecemos en nuestros puestos. Y el pastor de las ovejas.

ESOPO.—El pueblo no puede quedarse sin pastores. ¿Qué sería si una de nuestras pocas almas se perdiese?

REGIDOR.—Quedamos para el gobierno del pueblo.

CURA.—Y para su defensa, si hasta aquí llegara el enemigo.

ESOPO.—No tenemos armas.

CURA.—Tenemos nuestros pechos. Apostaremos a las mujeres en las peñas de las hoces y las defenderán con piedras. Y si nos faltan espingardas para cerrar el paso del camino, aun nos quedan espadas en la Collada de los Muertos. Por su nombre y su memoria, si el enemigo llega aquí se anegará otra vez en sangre, ¡vive Dios!

CIRILO.—¡Carraspa! ¡No hablemos de que lleguen aquí!

AQUILINO.—Se puede ganar y no dar una batalla. A veces es tan resonante un simulacro, si se abulta después de hacerlo. Podemos ensayar todos aquí. ¡Un, dos! ¡Un, dos! *(Los mozos se colocan de dos en fondo.)* ¡Al enemigo! *(Avanzan y atropellan a*

Esopo.) Es la guerra, es la guerra. *(Salen por la de-*
echa.)

Esopo.—Es vuestra brutalidad. La brutalidad es a guerra. Animales, perdéis siempre la cabeza con la última novedad.

Cirilo.—*(A otros que se van.)*—¡Eh, aguardad! Falta por rematar el bodigo. ¿Hay quien dé más de siete cuartos?

Regidor.—Ocho.

Cirilo.—Ocho cuartos. ¿No hay quien dé más? Que buen provecho le haga al postor. *(Da el pan al* Regidor.)

Los mozos.—*(Vuelven por la izquierda, como autómatas, en marcha militar ordenada, y gritan acompasadamente.)*—¡A la guerra! ¡A la guerra! ¡A la gloria!

Los viejos.—1.° El dios de las batallas os proteja y nos conserve.—2.° Que os proteja el dios de los ejércitos.

Regidor.—Tomad, tomad. *(Les da el pan, que uno acepta.)* Todo por la guerra.

Cura.—Desayunaos con pan bendito y triunfaréis.

Aquilino.—El regidor da el pan; el señor cura, el vino. El señor cura, el vino.

Cura.—*(Saca de debajo de la sotana dinero y se lo da.)*—Tomad, valientes. Todo por la guerra.

Los mozos.—*(Todos.)*—A la guerra, a la guerra, a la gloria. *(Salen repitiéndolo.)*

Los viejos.—*(A la vez.)*—Paz y pan; paz y pan, Señor, te pedimos. Paz y pan.

TELÓN

ESCENA II

Ante la puerta de la que llamaremos casa—por no llamar cárcel—de la Dama. Una portada de arco mirando al saliente, y la fachada, cubierta de yedra, dejando apenas ver una estrecha ventana ojival. Poyos de piedra y una fuente delante de la casa. Al foro, una huerta con árboles. Igual fondo que en la escena primera.

Juana, Inés, Lucía, tres hermanas de veintiuno, diez y nueve y diez y siete años, respectivamente; tres bellezas pueblerinas, destacándose en la primera la belleza intelectual y apuntando la animal en la segunda y la moral en la tercera. Clara, otra moza principal del pueblo, en la que asoma una belleza lasciva.

La primera parte de esta escena es simultánea con la última de la anterior. Al alzar el telón, Juana está recogiendo en una cesta ropa tendida sobre la cerca de la huerta. Las demás muchachas, juguetonas, están sentadas sobre el pilón de la fuente, riendo y mirándose de vez en cuando en el agua como en un espejo.

Juana.—*(Cruza por delante de la fuente.)*—Contentas estáis.

Clara.—Y no da más que agua la fuente.

Juana.—Aquí se lava y desuella. ¿A que estáis desollando a alguna?

Inés.—A ti. ¿No crees que te estamos poniendo a ti al vivo?

JUANA.—Como queráis. Al agua de correr y a la gente de hablar...

CLARA.—Hay en la calle un forastero. ¿Quién será?

INÉS.—¿A quién vendrá a pretender?

CLARA.—Otra sorpresa como la de hoy con las proclamas de Esteban y Estefanía. Sin saberlo nadie.

INÉS.—Porque no les amargaran el compango sabroso que van a hacer. Ella bisoja y él bizco. Pan como hostias.

LUCÍA.—No, mujer; Estefanía no es bisoja.

CLARA.—Tiene un párpado así como solapado, de una somanta que le dió su padre de pequeña.

LUCÍA.—Pero los ojos los tiene derechos.

INÉS.—Tan derechos que cuando te mira con un ojo a la cara no levanta el otro de la faltriquera.

CLARA.—Así te mira hoy todo el mundo. Y si ella no mirara así, no se casaría con Esteban.

INÉS.—Ni Esteban con ella, si no mirara lo mismo.

JUANA.—Si muchas tuvieran un Esteban, no estaban sin Esteban.

CLARA.—¿Tenerlos? ¡Bah!, a docenas; como las moscas en este tiempo. *(Finge sacudirlas.)* ¡Al diablo los hombres!

JUANA.—Todas las mozas tenemos mozos, en la mano o en la memoria, o los imaginamos, como castillos en el aire. Y en verdad que éstos son los mejores: apuestos, valientes, no maldicen, ni se emborrachan, ni se agarran unos con otros o con sus padres, y además se lavan todos los días. Los mozos que se

imaginan son más majos que todos los monigotes que se encuentran.

Clara.—Nadie diría que tú tienes esos pensamientos en la cabeza. Tú, que no quieres a ningún mozo del pueblo.

Juana.—Por eso mismo me alimento de ilusiones: porque este mundo es malo se me ocurre que puede haber otro mejor.

Inés.—De eso te sirve leer libros: de que nadie piense como tú. ¡Cuánto mejor estamos las que no leemos! Igual nos casamos todas y nos entendemos siempre.

Clara.—Por leer no te vas a casar mejor. Saber y leer no es bueno para la mujer. Y si crees que hay otro mundo mejor, no podrás vivir en éste.

Inés.—Pero ¿tú haces caso? Esas son ganas de amargar la vida a las que podemos disfrutarla. Si estuviera en mi mano, arrancaría los pelos a cuantos nos la quieren volver aceda. ¡Tan hermosa como es la vida!

Juana.—Nacer, malvivir, morir: ¡siempre en el mismo agujero! Y todavía criar alimañas como una. No, no quiero cometer tal desatino.

Clara.—Si no quieres casarte, tienes que dar por algo; pero, desengáñate: lo mejor es querer y ser querida, desde que el mundo es mundo. Desgraciada la que no tiene esa suerte.

Juana.—¿Acaso no he de tener yo mi alma en mi almario, como toda hija de madre? ¿Por qué no voy a creer que me espera un gran amor, y que mi destino es el destino de todas las mujeres? Pero por eso

no voy a hacer lo que vosotras, y tantas otras, que tenéis la cabeza como una pandereta, con sólo vestidos y maridos por sonajas, para tan pronto como los conseguís tener la necesidad de reformarlos o deshacerlos, como los chicos los juguetes. No, yo pido a Dios un amor más firme, en el que mi corazón se sacie y repose.

INÉS.—Tú siempre la misma. Nada te es nunca bastante bueno.

CLARA.—¡Tan buen mozo como es Aquilino! ¡Y estaba muerto por ti! ¡Pariente y todo que es! ¡Eres una desagradecida!

INÉS.—Y todos queríamos en casa que se casara con él.

CLARA.—Siempre que veo la vuestra ventana me acuerdo del pobre Aquilino. ¡Cuánto le atormentamos la vida! *(Canta burlonamente debajo de la ventana.)*

De la ventana de Juana
se cuelga el pobre Aquilino,
de la noche a la mañana.
Y ella hilando lana o lino,
lino o lana,
Aquilino,
dícese tras la ventana;
Aquilino,
aquí no vengas por lana.
Váyase por donde vino
el galán de la ventana,
y no venga aquí por lana,
porque Juana hila más fino.
Aquilino,
aquí no vengas por lana.
Aquilino, Aquilino.

(Todas ríen, excepto JUANA, *que sonríe.)*

JUANA.—Tenéis los dones y gracias del diablo. ¡Bendito sea Aquilino, y que haga algo más grande en el mundo que casarse a la primer tentación! Yo no pienso en casarme todavía, y menos con el primer mocetón que se me propone.

INÉS.—Y en siendo bueno y pariente, ¿por qué no?

JUANA.—Es una simpleza creer que el ser pariente es razón para casarse primero.

CLARA.—Así todo queda en casa. Es natural que el agua de la presa vuelva al río. Si yo tuviera un pariente guapo y con harina, como los que tenéis vosotras en la ribera, soñaría con él como con un rey mago.

JUANA.—¡Todavía si fuera un hombre valiente... Pero ¿guapo? ¡Qué asco! ¿Qué nos deja entonces a las mujeres?

CLARA.—¡Ay, hija!, por los guapos se pierden los trapos.

INÉS.—No tiene remedio. Juana siempre así.

CLARA.—¿Y rico? ¿Qué dices si es rico?

JUANA.—Si es rico, peor. Se confunde la atracción de la riqueza y la del hombre. Y la mujer corre el riesgo de merecer menos estimación que la yegua. Matrimonios de tantas tierras, tantas vacas, tantas yeguas, ¡horror, horror! El rico tiene el corazón encallecido en su tesoro.

INÉS.—¡Fantasías! ¿Dónde quieres que tenga el corazón?

JUANA.—En la cabeza. Y allí ha de tener también su tesoro.

CLARA.—Allí tendrá los sesos, si tiene algo.

JUANA.—En los animales se busca la calidad. ¿Qué ıucho que en el hombre busquemos cualidades? ¿Y or qué no buscar las que más necesitamos o apeteemos? ¿Vamos a cambiar el carácter de nuestros ijos por una yegua más o menos, que se muere del rimer torzón?

CLARA.—Hay quien dice que lo demás viene de or sí, en teniendo muchas yeguas.

JUANA.—Eso sólo pueden decirlo potros.

CLARA.—Pero ¿qué quieres? No se puede tener do. Y o casarse, o pasarse, o perderse.

JUANA.—Con nada menos nos confronta la vida. casarse, o pasarse, o perderse. Pero ello es aro que os ennoblece u horca que nos ahoga, según nos compañe o no el amor. Ese paso nos embarca en ı palacio o en un cepo.

LUCÍA.—Será lo que Dios quiera. El nos preserve.

JUANA.—Somos nosotras mismas quienes labramos ıestra ruina, y después pedimos a Dios remedio.

INÉS.—Como no te lo pidamos a ti...

LUCÍA.—Es verdad; tiene razón Juana.

JUANA.—Si tienes razón y te la quitan es peor que tenerla. De poco nos sirve la razón a las mujeres. ıra estar toda la vida cuidando puercos y ser esıvas. Fuerza es lo que necesitamos más que razón, poder para usarla.

LUCÍA.—Dejad la fuerza a los hombres. ¡Oh, os!, dadnos gracia.

CLARA.—Eso, eso. Gracia necesitamos las mujeres.

JUANA.—Y menos sinsabores. El sufrir dicen que ce serios y sabios; pero ya estoy harta de sufrir.

Esta vida, cuando una no está en su puesto ni pape
es repugnante.

Clara.—¡Qué ha de ser! Es según como la mire

Juana.—Por vueltas que le des, no puedes sien
pre engañarte y verla de domingo de primavera. S
vive sin cuidados, entre risas y flores; pero llega u
día y te falta lo que más quieres. ¡Ah! ¡Vale más r
acordarse de lo pasado, cuando nos toca beber
hiel de lo presente, y no reír ni llorar, que el quehac
nos llama! Adiós, Clarita. *(Sale con la cesta de ro*
por la puerta.)

Clara.—¿A quiénes saldrá novio en nuestra Se
ñora?

Inés.—Si salieran a plazo fijo, y los que u
quiere.

Lucía.—Fantasías; romerías; tonterías.

Inés.—¡Huy, que viene *la Rezadora!* Vámon
(Salen las tres por la calle.)

(Por el otro lado entran las dos muje
que salieron separadas de la iglesia, Be
triz *y* Patricia, *avinagradas y absor*
en su conversación.)

Beatriz.—No, querida; no se puede comparar
vir con cuatro hombres a vivir cuatro mujeres y
hombre. Tú vives con cuatro serenos, en paz y sc
en paz y sola. ¡Si tuvieras como yo la gatería en
cocina!

Patricia.—Tengo cuatro condenados que har
cinco. Pero tú, en no diciéndote nada y dejánd
mandar, ¿qué más quieres?

Beatriz.—No es lo peor ni hiere más lo que

icen, sino lo que se callan. El lenguaje del odio está n los ojos, y el del amor también. No hay palabras ue digan como unos ojos que vienes de afuera y obras. ¿Qué más te han de decir? En casa, las caras ırgas, y en el pueblo, las malas lenguas. Hasta que ine aquí no me llamaron *la Rezadora,* y siempre uí mucho a la iglesia.

PATRICIA.—Mujer, eso no es malo. Más vale que llamen *la Rezadora* que *la Bruja.* Dos brujas dicen ue hay en el pueblo. ¿Será verdad?

BEATRIZ.—¿Quién dice eso? Malas lenguas. No librarás de la calumnia, ni de la hoguera si caes en ıalas manos. El enemigo siempre tratará de que-ıar por el culpable al inocente.

PATRICIA.—Nosotras vivimos en paz en nuestras ısas.

BEATRIZ.—En paz vives tú, Patricia; en paz y ɔla. Nunca te falte el favor del cielo.

PATRICIA.—Queda con él, y más vale que no nos ean juntas. *(Sale por la calle.)*

BEATRIZ.—En paz y sola; en paz y sola. *(Sale ɔr la puerta.)*

(CLARA, INÉS *y* LUCÍA *entran, una tras otra, riendo.)*

CLARA.—Al infierno.

INÉS.—Así sea.

LUCÍA.—Amén. No sé cómo nos reímos.

INÉS.—Por no llorar.

CLARA.—Cuando dejas de reír empiezas a morir. *Ríen todas.)*

Pedro.—*(Entra.)*—¿Qué algazara del demonio e ésa? La risa de la fatuidad. ¿No sabéis que todo los hombres tenemos que ir a la guerra?

Lucía.—¡Ay, madre bendita!

Pedro.—Ya oísteis al cura decir que la guerra l consume todo y hay que vender hasta la plata de la iglesias.

Inés.—¡Bastante caso hicimos nosotras de l plata!

Pedro.—Como del cura. Vivís en el paraíso de lo fatuos.

(Juana *entra.)*

Lucía.—Pero vos no podéis ya ir a la guerra padre.

Pedro.—Pueda o no, tengo que ir. Media docen de hombres quedan en el pueblo, y el regidor y e cura, que podían ir mejor que yo. *(Siéntase abatid en el poyo.)*

Lucía.—Pues yo no me quedo aquí. Nosotras va mos también adonde vos vayáis.

Inés.—Es lo mejor que podemos hacer. Peor qu aquí no hemos de estar. Y ya tendrán algo que man darnos.

Lucía.—¿Qué hacemos, Juana? ¿Qué será de nos otras?

Juana *(Ponderando la decisión que está forman do.)*—No, vosotras no iréis.

Inés.—¿Quieres dejar ir a padre, viejo y solo En la hora del peligro demuestra cada una lo qu vale.

JUANA.—*(Con tanta firmeza como calma.)*—Yo iré por vosotras y por él.

PEDRO.—*(Incrédulo y curioso.)*—¿Tú, hija mía? No; tú no puedes ir por mí.

JUANA.—Uno de los dos ha de sacrificarse. Que se sacrifique el que vive en ambiente más hostil.

INÉS.—Sí, vas a ir tú por padre. No te quieren allá. A no ser que te vistas de hombre.

PEDRO.—Te descubrirán, y nos perderemos los dos.

JUANA.—Yo seré Pedro Díaz, y acudiré al lugar del peligro la primera.

INÉS.—Anda, anda. Acaso encuentres allá lo que apeteces.

JUANA. — *(Resentida.)* — Brutalidad y egoísmo, brutalidad y egoísmo en todas partes. Y no hay otra alternativa. No hay más que una alteración: egoísmo y brutalidad.

PEDRO.—Y hay que marchar en seguida, que me tocó a mí salir con el heraldo, y estará ya esperándome.

JUANA.—Voy yo, padre; voy yo. La vida no merece vivirse en este agujero. Voy a reunirme con mi madre. *(A* LUCÍA.) No llores, que voy a reunirme con madre, que está en el cielo, y allí pediremos las dos por ti. *(Sale.* LUCÍA *la sigue llorando, y detrás* CLARA.)

PEDRO.—*(Hipócrita.)*—Yo ¿qué puedo hacer? Si tu hermana se quiere marchar, yo ¿qué puedo hacer? Haga cada cual su voluntad.

INÉS.—Mejor puede ir ella que vos.

Pedro.—*(Abstraído.)*—En este mundo no hacemos más que desatinos. ¿Qué importa desatino más o menos?

(El Regidor *entra.)*

Regidor.—Pedro; Pedro, hombre, ¿cómo te amilanas de esa manera? ¡Animo y aguantar! Acuérdate que descendemos de guerreros.

Pedro.—¿A mis años ya ir a la guerra? El diablo que la lleve. Buen oficio para los desesperados.

Regidor.—Hombre, de vez en cuando también se pasan buenos ratos en la guerra. No todo es pelear. ¡Ca! ¡Qué ha de ser todo pelear! A veces se pasa hambre; pero cuando se coge presa, ¡ah!, cuando se coge presa se venga uno de todo lo mal pasado. Vino a pasto, y de lo mejor. Nada de estas purrelas con que por aquí nos amodorran. Figúrate si entráis en las bodegas de Toro. Allí hay más líquido que en el Duero. Toro que hace embestir y no embiste. Y después viene lo demás. Eso es vivir: concentrar en cada momento toda la vida. Esto otro, esto que hacemos aquí es crecer—¡qué demonio!—crecer como ostras y acabar pescados.

Pedro.—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Aquí acabaré merluza.

Regidor.—Si tuvieras quien fuera por ti. Pero no queda ningún hombre.

Pedro.—Hay una mujer que va por mí. ¿No lo crees?

Regidor.—¿Las mujeres de hoy? ¡Ni para hacer unas sopas!

(Juana, *vestida de varón, y* Clara, *entran.)*

Pedro.—Ahí tienes a la mujer que quiere ir por su padre a la guerra. *(A* Juana.) No, hija mía; tú no puedes ir a la guerra por tu padre. No lo soportará tu tierno cuerpo.

Regidor.—No contamos con las fuerzas del espíritu, y son las mayores.

Juana.—Voy a reunirme con mi madre. El Señor, que siempre escucha la oración de los humildes, escuchará mi oración y no me dejará de su mano.

Regidor.—¿Y te atreves a ir sola con el heraldo? ¿No temes que te descubra?

Juana.—Quien emprende el camino de la muerte no tiene que temer nada.

Regidor.—Hay hombres que tienen muy fino olfato; pero ¿quién sabe? Acaso no te descubran, como no encuentres paisanos que te delaten.

Juana.—Si tengo poco aspecto varonil, desarrollaré más. Yo seré siempre Pedro Díaz, y ni los mismos que me conocen sabrán después quien realmente soy. Y, en último caso, si me descubren, lucharé como mujer.

Regidor.—Pues avisaré al heraldo que ya podéis partir.

Pedro.—No; voy a avisarlo yo. ¿Quién mejor que un padre guarda el secreto de su hija? *(Sale.)*

Regidor.—¡Ajá! Yo no puedo guardar un secreto. ¿Qué galopín puede creer que yo no sé guardar secretos? Es tu padre el primero que me dice semejante cosa.

Juana.—No lo toméis a mal. Mi padre sólo bien piensa de vos; pero está tan preocupado por mi suer-

te, que me quiere ver salir segura de casa. ¡Dios se lo pague! Sí; creed lo que os digo: así es. ¡Dios se lo pague!

REGIDOR.—Los padres queremos que nuestros hijos valgan más que nosotros; y si valen más que nosotros, no podemos vivir con nuestros hijos. Nos ensalzan, pero a la vez nos humillan. Nos halagan la vanidad, pero nos hieren en el orgullo. Y si de algún modo nos rebajan, tenemos que odiar y envidiar a nuestros hijos, aun cuando por otra parte les amemos. Nada más ofensivo que un inferior más capaz o más perfecto que nosotros. Es el espejo de nuestra propia inferioridad moral, que nos descompone cuando lo tenemos a la vista. Por eso amamos y odiamos a la vez a nuestros hijos; como la humanidad ama, teme y odia la guerra, en la que busca la última salvación. Y la guerra es la muerte, envidiosa de la vida.

(PEDRO *y el* HERALDO *entran.)*

PEDRO.—He aquí el soldado que ha de acompañaros.

HERALDO.—¡Apuesto mozo! ¡Apuesto mozo! ¿Sabes lo que es miedo?

JUANA.—Si ese enemigo se me presenta, lo pasaré a cuchillo, como un capón con el asador, de parte a parte.

HERALDO.—¡Bravo! Entonces vamos por cruces y estrellas a la gran vida de aventuras, que es la gran aventura de la vida.

JUANA.—Vamos por cabezas de nuestros enemigos, que son también los enemigos del reino de Dios.

HERALDO.—Amigos y enemigos están en este mundo mezclados a granel, y ni el demonio los separa. A veces, a un enemigo que sería el mayor amigo a nuestro lado, tenemos que cortarle la cabeza; y cuántas cabezas defendemos que desearíamos ver cortadas. Pero ¡qué diablo! En todo y con todo, es una vida divertida la del guerrero. Ya verás, mozo, lo que es cosa buena y sentir emociones fuertes.

JUANA.—Otra cosa que esto ha de ser.

HERALDO.—*(A* PEDRO.)—Bueno; y ¿dónde está el caballo de este soldado? *(Pausa.)* ¿Hablo yo a las paredes? ¡Vive Dios! Digo que dónde está el caballo de este soldado.

REGIDOR.—Pero... *(Pensando.)* (¿Va a llevar caballo?)

HERALDO. — Naturalmente; el soldado que me acompañe ha de llevar caballo. No podemos ir haciendo noches por posadas, como los arrieros, ni andar al paso de las tropas que marchan a pie en pelotones. Por lo menos treinta leguas hemos de andar en la jornada, y ha de ser de aguante el caballo que siga al mío. En la guerra, para ganar, hay que volar.

REGIDOR.—*(A* PEDRO, *a quien ha estado hablando aparte.)*—No tienes remedio. Piensa que es la dote que das a tu hija. *(Al* HERALDO.) ¿Es lo mismo que sea yegua?

HERALDO.—¿Qué más ha de dar, siempre que sea corredora?

REGIDOR.—*(Aparte a* PEDRO.)—No tienes remedio. Tienes que darla.

HERALDO.—Venga, pues, esa yegua en seguida, o vamos por ella, muchacho. (PEDRO *sale.)*

HERALDO.—*(A* CLARA.)—¡Guapa moza! ¡Guapa moza! Por ti se pueden cortar la mitad de las cabezas del reino.

CLARA.—Noble señor, o pechero, quienquiera que vos seáis: sabed que con vos lleváis la hidalguía de Arintero.

HERALDO.—*(Apurado para hablar también en romance.)*—Pero queda vuestra gracia y salero en ese cuerpo tan retrechero, que por él me muero. ¡Ea! ¡Vamos, mozo! Y adiós, autoridad. *(Sale con* JUANA y CLARA.)

REGIDOR.—*(Como Cortés en Darién.)*—En verdad que ésta es una mujer extraordinaria. Extraordinaria. ¡Ah, regidor! ¡Regidor! Tú sabes apreciar la gente. ¿Cuándo el pueblo conocerá y estimará así a los hombres que lo rigen? Ya haría de nosotros otro reparto.

PEDRO.—*(Entra.)*—No tengo valor para verla partir. No nos deja en paz este azote de la guerra. Acabará con nosotros, y primero acabará conmigo. Más me valía haber ido yo.

REGIDOR.—¡Hombre, hay que hacer frente a las circunstancias! Aun te quedan más hijas. Y ésa puede en el mundo hacer fortuna. ¿Por qué te afliges de ese modo?

(INÉS *y* BEATRIZ *entran.)*

PEDRO.—¡La yegua! ¡La yegua! Nos llevan también la yegua.

REGIDOR.—Otras te quedan en la ribera. Y esos son bienes de fortuna.

PEDRO.—No hay en el pueblo otra yegua de vientre como la mía.

TELÓN

ESCENA III

Acontecimientos de la última decena de febrero, preparatorios de la batalla de Toro, dada en 1.º de marzo de 1476, y del curso de la misma.

Zamora, un puesto avanzado sobre el Duero. A la derecha, la cabeza del puente y el río, que apenas se divisa. A la izquierda, un cobertizo. Al foro, el parapeto. Algunas piezas de artillería y armas de guerra.

Al principio es de noche; luego amanece.

Tres soldados se calientan y asan castañas al fuego, cerca del parapeto, sentados en trozos de madera.

UN SOLDADO.—¡Qué demonio! ¡Así ya se puede morir! El primer día que nos dejan hacer fuego de noche, desde que tenemos al enemigo enfrente. Calentaos.

OTRO.—Las guardias de estas noches deben haber sido horrendas. A mí no me tocó ninguna desde el domingo.

SOLDADO 3.º—Me tocó a mí la noche que se presentaron los *porquis* al otro lado del río. La del lunes. ¡Qué noche aquélla! Con el enemigo enfrente y a la espalda. Se hubiera oído volar una mariposa. Nadie se movía. El comandante pasó la noche en vela.

Soldado 1.º—No os apuréis, que pronto iremos al horno.

Soldado 2.º—Por el rey ya hubiéramos salido a dar batalla. El cardenal es quien hace aguardar.

Soldado 3.º—El cardenal es zorro viejo y sabe cuándo maduran las uvas.

Soldado 2.º—Con el cardénal y el rey podemos ir a cualquier parte.

Soldado 1.º—Más a gusto voy yo con nuestro comandante. No hay quien sepa mandar como él. ¡Ea! Tomad castañas. Oye, tú, trae la bota. *(Sale uno.)* Esto es lo único llevadero que tenemos en la guerra. Después de un mal rancho, unas castañas y un trago de vino, el día que haces guardia.

Soldado 2.º—Una azumbre, tasada y medida, por noche y guardia. Para que te ahogues en el Duero. Y todavía obsequia a huéspedes y convidados. Y ésta es la tierra del vino.

Soldado 1.º—Gracias que nos han mejorado el rancho desde que se presentaron los *porquis*. Nos tratan como a los que van a ajusticiar.

Soldado 3.º—*(Entra, con la bota.)*—Se empieza, ¡eh!, se empieza. Nadie lo ha tocado. *(Bebe.)* Calentando el estómago encendemos el corazón y honramos a los dioses.

Soldado 1.º—Primero se ofrece a los compañeros. *(Coge la bota.)*

Soldado 2.º—¡Ah! Pues venga.

Soldado 1.º—Entre amigos y soldados... *(Bebe.)* Tú, saca las castañas del fuego.

Una voz.—*(Desde fuera.)*—Por Fernando.

Los soldados.—*(En pie, mano en los mosquetones.)*—¡Adelante!

(Aquilino *entra, en traje de soldado. El aire bravucón que tenía en la primera escena ha desaparecido. Ahora es más bien apocado y cobarde.)*

Aquilino.—Así Dios nos preserve.

Soldado 1.º—¿Qué le hacemos a éste?

Soldado 2.º—Nada. Es del pueblo del comandante.

Soldado 3.º—Entonces es nuestro amigo.

Aquilino.—Lo soy de todos.

Soldado 1.º—Eso es no ser amigo de nadie o no tener ningún amigo.

Soldado 2.º—Vamos a convidarte. Oye, tú, convida aquí a éste.

Soldado 3.º—Tú eres de caballería.

Aquilino.—Soldado de caballería soy, como vosotros.

Soldado 3.º—Pues, caballero, un trago y un trote, que la ración es corta y la noche larga y los convidados acuden. *(Le da la bota.)* Tú eres el primero.

Aquilino.—*(Bebe.)*—Como cumple se os agradece.

Soldado 1.º—Oye, cuéntanos algo de nuestro comandante.

Aquilino.—¿Dónde está?

Soldado 1.º—En una de esas salidas misteriosas que hace tan a menudo.

Soldado 2.º—A ningún jefe le importan menos

las balas enemigas. Se mete entre ellas y no hay *porqui* que le dé un tiro.

SOLDADO 3.º—Si eso no es un maleficio, es un milagro.

AQUILINO.—¿Desayunará con pan bendito?

SOLDADO 1.º—Tú sí que debes desayunar con tortas.

SOLDADO 2.º—No hay otro que así se ría de las balas.

SOLDADO 3.º—Y es campechano como ninguno. Nada de ese estúpido aire marcial y superior que echa la gente de oficio, a manera que los quintos echan barba. Chico, orgullosos debéis estar en tu pueblo, aunque no tengáis otro de la madera del comandante.

AQUILINO.—¿Cómo va uno a hacer merecimientos, si no le ponen en situación de que los haga? Y después, ¿quién conoce en la guerra lo prodigioso? Muy a menudo lo que uno se figura hazañas son tonterías, y las tonterías a veces resultan hazañas maravillosas.

SOLDADO 1.º—¿Qué quieres hacer tú? ¿Acaso volver el Duero aguas arriba?

AQUILINO.—Algo como lo que hizo vuestro comandante. El era un simple soldado como nosotros; y ya sabéis o debéis saber lo que hizo. Cuando Valdés y Mazariegos sostuvieron la lucha ruda y desesperada del puente, y no había barcas ni se hallaba material para tender otro, el soldado Pedro Díaz, que entonces no era más que un simple soldado, pensó en coser mantas; sí, en coser cuantas mantas había

y se pudieron encontrar. Y tanta priesa se dió, que, con ayuda de la caballería, se tendió en un abrir y cerrar de ojos un puente de mantas: un puente que no era más que un espantajo; pero apenas lo vió el enemigo desalojó el otro y salió de Zamora. Entonces mismo ascendió Pedro Díaz. ¿No lo recordáis?

SOLDADO 2.º—Pasan tantas cosas en la guerra, que no pueden recordarse todas. Muchas se oscurecen entre nubes de polvo; a veces las mejores.

SOLDADO 3.º—Pero no importa; en las que tiene presentes, que infla en su imaginación, el pueblo nos endiosa, compensándonos así de las que olvida.

AQUILINO.—Se recuerda la hazaña del puente, por la gente que la hizo; pero no la del puente de mantas, hecha por un oscuro soldado, que fué la que dió la ciudad a su legítima reina. ¿De qué nos sirven las proezas a los humildes? Nuestras proezas no pasarán a la historia sino sobre puentes de piedra. Y eso porque todavía no los hacen de oro.

SOLDADO 1.º—Gracias que se ganó el ascenso. Al olvido y al diablo daría yo todas las hazañas por un ascenso.

AQUILINO.—Pues más valía la hazaña sin ascenso que el ascenso y la hazaña. Yo más quería eso.

(JUANA *entra, en armadura. Los soldados cuádranse.)*

SOLDADO 1.º—Sin novedad, mi comandante.

JUANA.—¿Y este forastero? ¿Qué hacéis que no vigiláis? Sabéis que estamos en el puesto más avanzado y empleáis el tiempo en beber y no velar. *(Va*

al parapeto.) No, ya es tarde. Venid aquí. El enemigo está levantando su campamento. No se atreve a atacar y huye. Sus movimientos aun no se divisan bien de este lado; pero por la otra orilla arriba marchan tropas. Pronto vamos a habérnoslas con él en campo raso. Avisad al instante al cuartel del rey y al del cardenal. *(Salen* SOLDADOS 1.º *y* 2.º) Y tú *(Al* 3.º), al parapeto. Sigue observando atentamente, que no tardará en clarear el día. *(A* AQUILINO.) El enemigo huye, huye. No podía cortarnos el aprovisionamiento y se cansa del plantón. Son muchos cerca de quince días delante del puente, con estas heladas. Para eso acaba de pedir tregua.

AQUILINO.—¿Crees que saldremos a perseguirlo?

JUANA.—Esta es nuestra hora. Veremos si la aprovechamos; si se impone la acometividad o la espera, el ímpetu del rey o la prudencia del cardenal.

AQUILINO.—¿No podrás traerme aquí contigo?

JUANA.—No me pidas imposibles.

AQUILINO.—Nunca una promesa de cariño.

JUANA.—Yo no puedo prometer todavía nada; sólo prometo el alma a Dios, que se la debo. Si esta guerra pasa en paz para nosotros, podremos hablar de otra manera. Entonces será otra cosa. Pero mientras no salgamos de ella con vida, no debemos pensar en otro amor que el eterno entre el Creador y la criatura. ¿Qué ves, centinela?

SOLDADO 3.º—Nada; no veo nada. Oigo rugir el río.

JUANA.—Pues alerta. Y no gastes más los oídos que los ojos. *(A* AQUILINO.) Todavía no se alcanza a

ver desde aquí; pero no; no puedo equivocarme. Lo que yo vi no era una patrulla aislada, ni carros vacíos de municiones. Aquello era un tren completo de impedimenta. En su pesado andar se conocía. Y debía ser la vanguardia.

(FERNANDO V, *de veinticuatro años, animoso, robusto y bien proporcionado, entra seguido de dos soldados.)*

FERNANDO.—¡Eh, comandante! ¿Crees que levanta el real el enemigo?

JUANA.—Señor, así parece. Acabo de adelantarme unos pasos río arriba y vi un tren o tropas en marcha; aun no se divisaba bien lo que era. Carros subían por la otra orilla y se veían muchas luces en el campamento.

FERNANDO.—Ya lo veremos, sin necesidad de que te arriesgues más allá del puesto más avanzado.

JUANA.—Vuestra señoría es quien no debe arriesgarse de esta manera. Estamos al alcance del fuego enemigo.

FERNANDO.—¿También tú, Pedro Díaz, te has de volver una mujerzuela ante el rey? Al parecer, un rey no puede encontrar otra cosa. Todos me hablan de riesgos y peligros. Yo puedo estar donde cada uno de mis valientes. Más ha de arriesgar quien más tiene que perder.

JUANA.—El rey debe considerar y no jugar con la vida.

FERNANDO.—Deja esas preocupaciones, con el car-

go de preceptor, al cardenal. Yo no estimo más mi vida que la tuya.

JUANA.—Pero la estiman vuestros soldados. Por eso son nuestras preocupaciones.

FERNANDO.—Las agradezco. Tienes razón. Pero si no fuera así, no seríamos buen rey ni buenos soldados.

JUANA.—Si huye, saldremos tras el enemigo.

FERNANDO.—*(Pensativo.)*—El martes pidió tregua. Ayer, miércoles, se le negó. En todo el día de ayer y esta noche pudo preparar la retirada. Hay que vigilarlo de cerca. Ya empieza a clarear el día.

(DON PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA, *obispo de Sigüenza, cardenal de España, de cuarenta y ocho años, alto, enjuto y recio, como cumple a un prelado guerrero de aquellos días, y no a los de vida sedentaria actual, entra, con un mapa en la mano, seguido de dos soldados.)*

MENDOZA.—*(A la guardia que saluda.)*—¡Oh! Bien, bien. *(Al rey.)* Ven acá, Fernando, ven acá. Fuí a buscarte a tu cuartel, y nunca se te halla en él. Lo mismo se puede perder una batalla por pereza que por agilidad excesiva.

JUANA.—*(A la guardia.)*—¡Eh! Asientos para el rey.

FERNANDO.—Cardenal, ¿te han dicho que el enemigo se retira?

MENDOZA.—Lo dicen las apariencias y ya me lo había dicho su situación. *(Un* SOLDADO *trae sillas de*

campaña. El rey y Mendoza *siéntanse y estudian el mapa con* Juana.) Pasado mañana hace quince días que está a la vista y no se atreve a atacarnos, porque nuestra posición es más fuerte que la suya. Pero la urgencia del ataque puede pasar de él a nosotros. Hasta ahora nuestra misión era aguardar; no salir al campo. No se ganó Zamora en una hora. La espera nos fortalecía y le debilitaba, porque golpe que se prepara y no se da es peor que recibido. Y la inactividad corroe un ejército en tierra extraña.

Fernando.—Todo eso está muy bien, cardenal; pero ¿adónde nos lleva el exordio? Esta es la hora suprema para decidir el ataque.

Mendoza.—A eso nos lleva precisamente. Ningún Mendoza se ha retraído de atacar en la hora suprema. Hace ocho días que vengo esforzándome en contener los bríos de los capitanes que quieren salir al campo. No digo que tú hayas participado de su impaciencia; pero sí que, como mozo que eres, ninguna virtud te ensalzará más que la prudencia en la conducta de la guerra y el gobierno de tus estados. La máxima prudencia engendra la máxima determinación. Así, pues, hoy voy a mandar salir, si no mandas tú otra cosa.

Fernando.—Ya sé, cardenal, que eres tan valiente como prudente. Esos son los generales que necesita Castilla.

Mendoza.—*(Sobre el mapa.)*—Morales o Moraleja. Veremos. *(Al rey.)* Erráis los mozos cuando creéis que sólo vosotros sois valientes.

FERNANDO.—Y los viejos que se creen los únicos prudentes.

MENDOZA.—Así es la sabiduría humana, siempre con granos de presunción. Y la presunción, sin granos de sabiduría.

CENTINELA.—*(Desde el parapeto.)*—Vuestra señoría, en el campo contrario hay actividad. Se observa ya desde aquí.

MENDOZA.—Sigue observando e informa. Excusa, Fernando, que conteste por ti. Estos son graves momentos.

FERNANDO.—Al diablo la cuestión de precedencia. Lo que importa es dar y ganar la batalla. ¿Reuniremos consejo de guerra?

MENDOZA.—El consejo de guerra somos tú y yo. No es ahora ocasión de oír a viejos y mozos babear uerza y sabiduría. ¿Consejo de guerra cuando huye l enemigo? No, no. Hemos de hacer; hemos de atar. *(En pie.)* Hay que alcanzarlo en el camino. Nos ide tregua, pero le daremos tralla.

FERNANDO.—En ti confío, cardenal.

CENTINELA.—Vuestra señoría, los peones están ormados y emprenden la retirada.

MENDOZA.—Ahora están maduras las uvas. *(Suea una explosión.* JUANA *corre al parapeto.)* ¿Qué es so? Eso no es ningún tiro de bombarda.

JUANA.—El puente, el puente. El enemigo quiere olar el puente. Fué al otro extremo, que está cubiero de humo.

FERNANDO.—*(A la guardia.)*—Ved en seguida si

ha causado desperfectos. (SOLDADOS *salen.*) Hay que perseguirlo.

MENDOZA.—He ahí la confirmación de sus propósitos. No tenemos tiempo que perder. Que se arme toda la gente. (*Los* SOLDADOS *salen, excepto* AQUILINO, *que está abatido junto al parapeto y bebe de la bota.*) Será nuestro. (*Fijo en el mapa.*) ¿Morales o Moraleja? Ha de seguir uno de estos dos caminos.

FERNANDO.—Acaso el primero. Hoy se decide nuestra suerte.

MENDOZA.—Por ahí salvó la pelleja la otra vez la Beltraneja. Ahora la perderán, ella o los suyos. Es mucho escaparse dos veces.

FERNANDO.—No puede seguir otro camino. Y hoy ha de querer llegar a Toro. (*Pausa; miran al mapa.*)

AQUILINO.—(*Bebe.*)—Nació ella para la gloria; yo nací para la gleba. (*Vuelve a beber.*)

UN SOLDADO.—(*Entra.*)—Señor, un boquete, un boquete han hecho saltar del primer arco.

MENDOZA.—Reparadlo a toda priesa. Y que tiendan en seguida los puentes de barcas. Quiero ver ahora la gente al otro lado del río. (SOLDADO *sale.*) Víveres hay en abundancia. La tropa está animada y dispuesta a pelear. Bien hemos hecho en darle desde hace ocho días ración doble: tripas llevan pies. La jornada será larga y dura.

FERNANDO.—Hay que caer sobre él en el camino y, si es posible, partirlo en dos. Su línea no puede ser muy gruesa. Preparémonos a romperla contra el río.

MENDOZA.—A la vista de él decidiremos, que un

ánimo pone la ausencia y otro la presencia del enemigo. Lo esencial es poder contar con la tropa en todo evento; y podemos contar con ella. Creo que podemos contar con ella. Hay que cuidar de las raciones ante todo. Y que Dios nos proteja.

JUANA.—*(Al rey.)*—Pido a vuestra señoría el privilegio de batirme en vanguardia.

FERNANDO.—Lo tendrás. *(Suenan clarines.)*

AQUILINO.—*(Aparte.)*—Nació ella para la gloria; yo nací para la gleba. *(Vuelve a beber y cae ebrio.)*

MENDOZA.—No podemos batirnos todos. Ha de quedar gente vigilando la fortaleza. Que salgan los peones. En la plaza quedará una reserva de a caballo que pueda alcanzarnos pronto si es menester.

FERNANDO.—No debemos prescindir de los mejores soldados.

MENDOZA.—Quiero capitanes valientes, no temerarios.

FERNANDO.—Es ya de día. Voy a ponerme al frente de las tropas. *(Sale.)*

MENDOZA.—*(A* JUANA.)—Tú tienes que permanecer en este puesto. A tus años no se sabe unir la audacia a la cautela. Vigila de cerca el castillo y ten la gente preparada por si, en caso necesario, te llamamos. Nos valdremos de señales; el día está claro y podremos usar el sol. *(Sale.)*

JUANA.—*(Pensativa.)*—¿Por qué me dice el cardenal que a mis años no se sabe unir la audacia a la cautela? ¿Acaso él es Matusalén? Con toda su sagacidad, no ha podido descubrirme el cardenal ni puede ocultar sus celos. Sólo él ha de ganar batallas.

Así nunca saldré de esta guerra. No me dejan combatir cuando más me quieren los soldados. Y es voluntad del rey y mía. Siempre los ministros se han de interponer entre los reyes y el pueblo. *(Acércase a* AQUILINO, *que ronca, y lo mueve.)* Pero ¿es posible? ¡Ah, Dios mío! Está borracho y debiera estar batiéndose. ¿Ha de desgraciarse un hombre así?

SOLDADO 1.º—*(Entra.)*—¿No salimos a pelear, mi comandante? Todas las fuerzas marchan.

JUANA.—No salimos, pero debemos estar preparados. Haz venir la gente, y no apartarse de la estación de señales.

SOLDADO.—¿Manda vuestra merced algo más?

JUANA.—Nada más.

SOLDADO.—¡De buena nos libramos, mi madre! *(Sale.)*

JUANA.—¿Qué hago yo ahora con esta piltrafa de hombre? Ni a sus compañeros puedo ocultarlo. ¡Cómo se hace y deshace un hombre! Por un quítame allá esa paja. *(Los tres* SOLDADOS *entran canturreando a un lejano son de clarines:)*

Beltraneja, Beltraneja,
Beltraneja de Beltrán,
acuérdate que en Castilla
donde las toman las dan.

SOLDADO 1.º—Esta vez no nos echarán al horno.

SOLDADO 2.º—Tiempo nos queda, mientras no se apague el fuego. Si ahora nos zurran, estamos perdidos.

SOLDADO 3.º—Pero si los zurramos, somos los amos.

Soldado 2.º—¿Quién sabe si la retirada no es más que una estratagema para hacernos salir al campo y después caen *porquis* de todas partes sobre nosotros?

Soldado 1.º—Eres un cobarde. Ellos están más hartos de la guerra que nosotros, y cada vez tienen menos partidarios.

Soldado 3.º—La Beltraneja tiene mil jinetes más que nosotros.

Soldado 1.º—Cuatro mil, contándolos por los pies.

Soldado 3.º—Pero por un espantajo no se lucha como por Isabel. ¡Viva la reina Isabel!

Juana.—Traedme a todos los soldados. *(Estos salen.)* ¿Es posible? *(Moviendo a* Aquilino.) Despierta al sol del mediodía.

Aquilino.—¿Salió el sol? El sol dura poco en la morada del pobre, si alguna vez entra en ella. Bendita sea la mano que se me tiende.

Juana.—Levántate y no babees bendiciones; no vaya a creer el cardenal que invades su profesión. *(Se oyen marchas lejanas. Entran muchos soldados.)* Amigos míos, hay que estar preparados. No temáis la muerte. Tenemos que echar al enemigo de casa y acabar la guerra. El invasor es una espina que llevamos y hemos de arrancar del corazón. Por la memoria de nuestros antepasados, por nuestra libertad propia y por la dignidad de nuestros hijos. Nos lo piden aún antes de nacer. Nos lo pide el pasado, el presente y el porvenir de nuestra tierra. Si no la libertamos del yugo extraño, mereceremos la maldición de Dios

y la maldición de nuestros hijos. Pero no; no haremos aborrecer nuestra memoria, sino que la bendigan los venideros, unida y confundida para siempre con la de la reina Isabel. Haremos el sacrificio de nuestra hora. Sé que queréis alcanzar la libertad luchando y volver pronto a vuestros pueblos, donde vuestras hermanas, y vuestras madres, y vuestras enamoradas os esperan. Pues bien; hoy puede decidirse nuestra suerte. El grueso del ejército persigue al enemigo. Pueden ser o no ser necesarias las reservas, pero si nos llaman, demostraremos que la juventud es generosa de su vida.

UN SOLDADO.—*(Entra.)*—Mi comandante, un bulto baja por el río. Parece un cadáver.

JUANA.—Sacadlo. Tomad una barca y sacadlo. Acaso sea algún puerco montés como el que bajó en diciembre. Id aprisa. *(El* SOLDADO *sale.)* Ahora, con el deshielo, caen muchas veces al río, perseguidos por cazadores y extenuados por la nieve en las montañas.

UN SOLDADO.—El puerco montés que cogimos por Navidad pesaba catorce arrobas.

JUANA.—Preparaos para mayor matanza, si nos llaman. Estad contentos y seguros de la victoria. A ver cómo cantáis la canción del Duero. *(Canta y la siguen todos.)*

Beltraneja, Beltraneja,
Beltraneja de Beltrán,
acuérdate que en Castilla
donde las toman las dan.

Anda y dile al luso iluso
que venga a atacar primero,
mientras duerme, al castellano
que quiere secar el Duero.

Cabe el Duero aguardamos, cabe el Duero,
cabe el nuestro río,
cabe el nuestro río,
cabe el nuestro Duero,
donde cada soldado jura: o venzo o muero;
o venzo o muero,
por el amor mío,
por el amor mío,
por el nuestro Duero.
Al amor del río,
¡a luchar y vencer o morir cabe el Duero,
el sagrado Duero!

JUANA.—¡Bravos mozos! Así no se puede perder un reino; se puede ganar un mundo.

UN SOLDADO.—Con vuestra merced, mi comandante, ganaremos la tierra y el cielo.

UN SOLDADO.—*(Entra.)*—Mi comandante, del campo hacen señales. Las tropas han entrado en fuego y el rey pide las reservas. Los caballos están preparados.

JUANA.—Cada uno a su caballo.

UN SOLDADO.—*(Entra.)*—Bajan más, mi comandante. Bajan muchos. Y no son puercos, que son *porquis*. Por el uniforme se conocen. Ni uno solo lleva los colores de Castilla.

JUANA.—Acudamos al peligro. ¡Animo y corazón! Nos llama el rey; nos necesita nuestra tierra. *(Sale con los* SOLDADOS *ordenadamente.)*

TELÓN

ESCENA IV

Sin gran esfuerzo de imaginación podemos condensar dos escenas en una, reproduciendo acontecimientos que siguieron a la batalla de Toro y a la toma de la ciudad, en la noche del 19 de septiembre de 1476, y situarla, aun antes de tomar Toro, en uno de sus viejos palacios con vistas sobre el Duero.

Improvisado para cuartel general o real consejo, un amplio salón, con puertas laterales, en el que se advierte la traza de otros usos como en los personajes el polvo y los efectos de la batalla. Hay tres mesas, con sus respectivos asientos: una individual a cada esquina y otra mayor, en el centro, para el consejo. Sobre ésta, un reloj de arena. Al foro, un estrado, un mal dosel, dos sillones reales, a guisa de trono, y otros más modestos.

Es de día; acaba de salir el sol.

El Secretario, hombre de media edad, encanijado, está escribiendo con pluma de ave, en la mesa de la derecha, llena de papeles.

Entra un paje con un pliego, que le entrega, y aguarda.

Secretario.—*(Después de abrirlo y leerlo.)*— ¿Qué hacemos con los fugitivos? De todas partes la misma pregunta: ¿Qué hacemos con los fugitivos? ¡Quemarlos con todos los mensajes y mensajeros! Eso haría yo, si yo fuera rey. *(A indicación suya el paje sale, levantando la vista y las manos ligeramente al cielo en señal de agradecimiento porque no lo es.)* En verdad que da más que hacer ganar una

batalla que perderla. *(En pie, meditabundo.)* Sobre todo gana o pierde uno preocupaciones. Las nuestras se han multiplicado por ciento desde que salimos de Zamora. Y las del enemigo... ¡Oh! Las preocupaciones del enemigo se reducen a una sola: pies, ¿para qué os quiero? Pies, convertíos en alas.

(EL CARDENAL MENDOZA *entra.)*

SECRETARIO.—*(Corre a besarle el anillo.)*—Buenos días dé Dios a vuestra eminencia.

MENDOZA.—Buenos días, buenos días. ¡Oh, el secretario siempre trabajando! ¿Y el rey? ¿Dónde está el rey, que no estaba en misa?

SECRETARIO.—Señor, ¿no será irreverencia si digo que el rey está, como Dios, en todas partes? Todos los días lo ve todo y nadie es capaz de seguirle. El rey descansa trabajando, duerme velando y vela durmiendo. Aun no contaba trece años cuando ganó la primera—en Prats del Rey, sí, señor—, y no me cabe duda, también, como el Cid, ganará batallas después de muerto.

MENDOZA.—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! Mientes más que un secretario. El rey gana batallas... ¿Qué sabes tú quién gana las batallas para el rey? *(Siéntase en la mesa de la izquierda.)* A ver, a ver. ¿Qué dicen los papeles? Las últimas noticias.

SECRETARIO.—*(Sentado en su sitio.)*—Despachos... Toda la noche recibiendo y mandando despachos. *(Revuelve papeles.)* De todas partes llegan noticias de la desbandada del enemigo, y nos preguntan qué hemos hecho que por montes y pueblos

y campos y caminos se ven huir portugueses por su vida. A docenas sacan los cadáveres del río, en Fresno de la Ribera, en Zamora..., en todas partes. En un pueblo dicen que apareció una porción de ellos desnudos, que no se ahogaron (MENDOZA *hace un gesto de repulsión.)*; en el valle de Sayago cogieron una partida y les cortaron...

MENDOZA.—¡El pescuezo!

SECRETARIO.—No, eminencia; no les cortaron el pescuezo. En venganza de los abusos de mujeres del enemigo, les cortaron...

MENDOZA.—*(En pie, paseando.)*—No, no, no. No sigas. Esto no puede pasar. Hay que reprimir en el pueblo los instintos de venganza. Llama al rey y al consejo. *(El* SECRETARIO *golpea un timbre de la época.)* ¡Qué disparate, señor, qué disparate!

SECRETARIO.—*(Mira el reloj de arena.)*—No tardarán en llegar. A esta hora están reunidos todos los días. *(Al paje, que entra.)* Avisa a los capitanes que el señor cardenal les aguarda en el real consejo. *(El paje sale.)* Pues... nunca sale uno de apuros. Señor, ¿cobraremos este mes, después de las victorias que alcanzamos?

MENDOZA.—¿Cuánto tiempo hace que no cobras?

SECRETARIO.—Cuatro meses, señor cardenal. ¡Cuando con mi salario apenas puedo mantener el alma en el cuerpo! Vive uno de milagro. El trabajo aumenta cada día con las victorias, y el dinero cada vez es más escurridizo y vale menos. Siquiera tres doblas más... Y bien poco es. Espero que no se olvidarán de mí al otorgar las recompensas.

Mendoza.—Confía en Dios, que de este pícaro mundo bienaventurados los que nada esperan, porque no sufrirán de desengaños. ¿De dónde van a sacar los reyes tantas doblas? Todos estamos arruinados por la guerra, y esta vez no podemos pensar en el oro del vencido. Considera que la corona es pobre y está empeñada con la Iglesia para estos primeros lustros. Hay que levantar el espíritu sobre el dinero, que sólo es la añadidura, para librarse de su esclavitud. Sin embargo, veremos; veremos de hacer por ti lo que se pueda. Un poco de paciencia. Paciencia.

Secretario.—*(Aparte.)*—¡Paciencia, señor, paciencia! Si tan largo me lo fías, quieres que me quite días.

(El Rey *entra, seguido de* Pedro de Guzmán *y el* Obispo *de Avila, ambos de más de media edad; aquél, de aspecto más rudo que cortesano, y éste, más piadoso que guerrero.* Mendoza *saluda al* Rey, *y el* Secretario *besa el anillo al* Obispo. *Por el otro lado entran el* Duque de Alba, *ya maduro, y otro caballero joven.)*

Fernando.—Son nuestros, amigos, son nuestros.

Alba.—Dios hace brillar el sol en los campos de Castilla.

Mendoza.—Dios está siempre con nosotros.

Fernando.—Amigos míos: Con la ayuda de Dios, de vuestro consejo y pericia y el indomitable valor de nuestros soldados, podemos decir que hemos ga-

nado la guerra. Vencimos en la batalla de Toro y tomamos la ciudad. Tenemos sitiada por hambre la fortaleza, cuya rendición ya no puede dilatarse. Toda resistencia seria se ha desvanecido con el ejército del pretendiente, y con ella los sueños de los facciosos. Hoy no conserva el enemigo ninguna de las plazas que fueron suyas. Alaejos, Cantalapiedra, Castronuño, San Cristóbal, Siete Iglesias y los fuertes de La Mota y de Monzón están en la situación más precaria o acatan ya a su legítima reina. Podemos, pues, decir que ya no es éste un consejo de guerra, sino de paz. Y quiero y he decidido que en este primer consejo que celebramos, libre de los desvelos de subsiguiente batalla, se acuerden las recompensas que, interpretando la voluntad de la reina y con vuestra conformidad, estoy dispuesto a conceder. He mandado comparecer a Pedro Díaz y al pastor Bartolomé, sin perjuicio de que cada uno de vosotros haga las propuestas que estime justas.

MENDOZA.—Justo y prudente es recompensar el valor y el mérito; es obra de la sabiduría humana; pero es de divina sabiduría ejercitar el perdón y la misericordia. Antes de otorgar la gracia, deben los soberanos cuidar de que no se quebrante la justicia y de aplacar el dolor humano. Si vemos a nuestros semejantes perecer en un naufragio, ¿no abandonaremos los más urgentes quehaceres para socorrerlos y salvarlos? Y si nuestra gente hace del barco astillas y de la tripulación despojo, ¿no acudiremos a evitarlo, por deber de humanidad y en nombre de la doctrina que profesamos, aunque la tripulación

sea enemiga? Pues en este caso nos hallamos, si bien hoy no debemos considerar enemigo a un semejante nuestro. El enemigo, realmente, ha naufragado en el Duero, y sólo quedan de él pocos buenos cristianos, necesitados y acreedores de nuestro socorro, y bastantes malhechores que huyen a campo traviesa haciendo estragos. Su rey, que se refugió en Castronuño por no caer en nuestras manos, ha huído y abandonado a su suerte los restos de sus batallones. Las villas y fortalezas que tenía en su poder se rindieron o están prontas a rendirse. Y mi camarada el arzobispo de Toledo ya está pagando cara su felonía. Pero si la guerra se puede dar por terminada, tenemos que hacer frente a la perturbación y sufrimiento que nos deja, y nuestro deber en esta hora es aminorar sus rigores. Hemos de dar órdenes para reprimir los excesos y evitar que el enardecimiento del pueblo agraviado le lleve a actos de venganza con el vencido. Secretario, escribe. *(Habla al* REY *mientras los demás se van sentando.)*

FERNANDO.—*(Dictando.)*—Que se preste ayuda a los necesitados, y los que se presenten desnudos sean vestidos; que los heridos e imposibilitados se recojan en hospitales o casas de misericordia, y no se ponga impedimento alguno a los que huyan a Portugal, antes bien, se les facilite la huída. Y nada más.

MENDOZA.—Así lo mandamos a todas las villas, lugares, etc.

FERNANDO.—¿Alguno de vosotros tiene a esto algo que decir?

OBISPO.—En nombre de la Iglesia, sólo puedo

adherirme a las manifestaciones de su príncipe y bendecir las obras de piedad y misericordia que recomienda.

ALBA.—Todo y tan bien lo habéis dicho ya, que a los demás ni bendiciones que echar nos quedan.

FERNANDO.—Vamos ahora a las recompensas. *(Al* SECRETARIO.) Manda venir a Pedro Díaz. *(El* SECRETARIO *sale con un pliego que ha escrito y cerrado.)* A Pedro Díaz, por su comportamiento en la toma y batalla de Toro, al acudir al sitio de mayor peligro en el campo de Peleagonzalo, reanimándonos a todos en el mayor aprieto, después de tres horas de furioso pelear con enemigo superior en número y haber tomado el estandarte del rey de Portugal, quiero nombrarle mi consejero. ¿Tenéis alguna contradicción que hacer?

CABALLERO.—Coincido con el real parecer. No tengo que argüir en contra.

GUZMÁN.—Señor, vuestra voluntad es mi mandato, pero el cardenal fué quien llevó conmigo el peso de la batalla. Nosotros rompimos el centro enemigo. La carga de caballería de la reserva...

ÁLBA.—El centro enemigo lo rompí yo con la vanguardia. Vosotros os adelantasteis al portillo y atacasteis el ala derecha.

GUZMÁN.—Digo que rompimos el centro enemigo cuando vino Pedro Díaz a coger el estandarte, que acaso estaba ya en el suelo. No disiento de que se le otorgue una recompensa; pero ¿no será excesiva la que se propone? Muchos acuden en la hora de las recompensas y pocos en la del peligro. ¡Y cuántos

de esos pocos de la hora del peligro se tienen que quedar sin recompensa, porque no puede haberla para todos! Si pues la medida es corta, no la colmemos para uno. ¿No juzgáis todos conmigo asaz generoso en este caso el ánimo del rey? *(Silencio.)*

FERNANDO.—Pareces de su pueblo, Guzmán.

GUZMÁN.—Yo no soy de su pueblo. Su pueblo está enclavado entre las peñas, donde sólo anidan las águilas.

MENDOZA.—Dices bien. Un águila, cuando menos, allí anida, entre los pobres cuervos; y si bien no será la de Patmos, el consejo real no está tan sobrado de luminarias que pueda prescindir de un águila más modesta. Pocas son las miradas que alcanzan a lo porvenir, y no las hemos de desechar. De esas luces se debe nutrir el sol del trono. La corte, faro y guía del pueblo, debe brillar con el sol de la inteligencia y el consejo que le ilumine, más que con el brillo del oro y el oropel que le pierda. *(Silencio.)*

OBISPO.—Es un buen cristiano. Pedro Díaz es un buen cristiano. Yo le vi hacer la señal de la cruz y orar devotamente antes de dar la carga de caballería que nos salvó.

FERNANDO.—Expón tu opinión, duque.

ALBA.—Me opongo a que se nombre un consejero tan joven.

FERNANDO.—*(A* MENDOZA, *que esperaba de él la respuesta.)*—Tú, tú. Yo también soy joven.

MENDOZA.—Joven era Alejandro; joven era Cristo. Y las juntas de hombres provectos cierran el paso a la juventud. Yo no comparto esa opinión, y no

soy juez recusable. Se puede tener edad y no tener el espíritu senil. Pero precaveos contra los espíritus carcomidos que ahogan el impulso generoso de la juventud, único capaz de regenerar el mundo.

ALBA.—De la juventud sólo podemos tomar el impulso generoso, pero nada más. Han de regirnos la experiencia y la prudencia de los años. El mundo es ya muy viejo y tiene que ir como va, con paso lento y pausado, para ser firme, hacia el mejoramiento.

GUZMÁN.—Hacia la catástrofe más bien, diría yo.

ALBA.—La juventud no conoce el peso ni el poso de los siglos. Por eso es siempre—¿cómo diré?—catastrófica. Falta de experiencia y no sobrada de juicio, las ideas le calientan la cabeza, antes de tomar asiento. Se le suben a la cabeza como el vino. Y lo que necesita es asentar y digerir, asentar y digerir.

MENDOZA.—¡La digestión! ¡Perfecto estado de ánimo para recibir el soplo divino de la idea!

FERNANDO.—Tanta doctrina me parece que nos saca un poco del caso y del quicio. No hay sino aceptar, mejorar o rechazar la propuesta. ¿Por qué te decides, duque?

ALBA.—Si no hay más que aceptar, acepto.

FERNANDO.—¿Qué dices tú, cardenal?

MENDOZA.—Asiento.

FERNANDO.—¿Y qué dice el piadoso obispo?

OBISPO.—Amén.

(Entra el SECRETARIO.*)*

SECRETARIO.—Señor, aquí hay un pobre hombre que dice ser el pastor Bartolomé, y no se puede echar de palacio. Está empeñado en ver al rey.

FERNANDO.—Y tiene razón. Que entre. *(El* SECRETARIO *sale y vuelve a entrar con él.)* Mi buen Bartolomé, tú fuiste guía de las tropas que, al mando de Pedro Díaz, escalaron el muro, ganaron el adarve y abrieron las puertas de la ciudad. Tus servicios ahorraron sangre y salvaron vidas humanas. Por ello te otorgamos una recompensa. ¿Qué galardón más apeteces?

BARTOLOMÉ.—*(Emocionado.)*—Servir a vuestra señoría.

FERNANDO.—Lo has demostrado, y te lo agradecemos la reina y yo; pero queremos darte una prueba del real agradecimiento. Di cuál quieres.

BARTOLOMÉ.—Señor, ninguna como el agradecimiento en vuestro corazón. Quiero serviros y servir vuestra causa hasta la muerte, como Antonia García y los demás compañeros que conmigo quisieron abrir antes la ciudad a las tropas de la reina y murieron ajusticiados. Yo no soy menos leal; y si este segundo intento de lealtad no se malogró como el primero, tampoco debe ser mi último servicio a la corona.

FERNANDO.—¡Cómo! ¿Quieres quedarte al servicio de la corte? La corte no tiene ovejas; no tendremos ocupación agradable para ti.

BARTOLOMÉ.—Servir a vuestra señoría es la más agradable. De servir, a Dios o al rey.

FERNANDO.—*(A* MENDOZA.)—En fin, es lo más barato.

MENDOZA.—Los leales son dignos de servir a reyes.

FERNANDO.—Y nosotros de que nos sirvan los leales. Dicen que en ninguna parte crece como en la corte la envidia y la adulación. Eso no será cierto de la corte de los Reyes Católicos. Está bien; quedas a nuestro servicio, Bartolomé.

BARTOLOMÉ.—Desde hoy soy otro hombre, porque no tendré más amos ni soberanos que la reina Isabel y el rey Fernando. ¡Carape! Acabé de servir a galopines. ¡Loado sea Dios y servida su causa! *(Sale.)*

(El PAJE *entra con una espada y la entrega al* CABALLERO, *que la pone sobre la mesa.)*

PAJE.—Señor, Pedro Díaz pide audiencia.

FERNANDO.—Hazle pasar.

(El PAJE *sale. Todos en pie para recibir a* JUANA, *que entra.)*

JUANA.—Señor...

FERNANDO.—Quiero premiar tu lealtad y esfuerzo, y el esfuerzo y la lealtad de todos quiero premiar en ti, porque no lo puedo hacer en cada uno.

JUANA.—Señor, yo no hice más que cumplir mi deber cuando me necesitaba nuestra tierra.

FERNANDO.—Has cumplido el deber de un gran soldado. Has hecho lo que ya no podía hacer yo: levantar los ánimos decaídos de los nuestros, ante mayor enemigo, y ganar la batalla de Toro. Has entrado en la ciudad con un puñado de valientes, y la has tomado. *(Todos rodean a* JUANA.)

JUANA.—Agradeced el triunfo a Dios y no a mí. *(Besa el anillo al obispo.)*

OBISPO.—Dios se ha valido de ti. Eres un buen hijo, un hijo piadoso y sumiso de la Iglesia.

JUANA.—Sois indulgente conmigo, señor obispo. Me parece que Dios ha escuchado mis súplicas, pero no mis intenciones. Yo anhelaba el sacrificio por nuestro bien, y creía poder contarme entre los limpios de corazón; pero ahora lo dudo, porque más que la victoria buscaba la muerte, para huir de este pícaro mundo y reunirme a mi madre en el cielo. Y esto Dios no me lo ha concedido.

OBISPO.—*(Didáctico.)*—Así son los designios de la Providencia, y así Dios procede con sus elegidos. Buscabas la muerte limpio de corazón—esto solo te absuelve de pecado—y has encontrado la gloria. Si por egoísmo o vanidad hubieras buscado la gloria en este mundo, en su lugar habrías hallado la muerte y acaso la condenación eterna.

FERNANDO.—En prueba de tus merecimientos y mi estimación y la de todos, hemos decidido crear para ti una plaza en el real consejo. Y como es costumbre que a todo nuevo consejero se obsequie con una pluma o una espada, a ti te regalamos esta espada. *(Se la entrega, de manos del* CABALLERO.)

JUANA.—¿Yo consejero real?

FERNANDO.—Sí. ¿No te satisface la recompensa?

JUANA.—Os la agradezco de todo corazón; pero me falta la prudencia y sabiduría que debe tener un consejero vuestro. Ahora creo que ya no me necesitáis, y puedo prestaros mejor servicio lejos de aquí,

en el campo, que la guerra ha despoblado y hemos de repoblar. Señor, en mi tierra ya no quedan hombres, sino algunos viejos. Se acabaron, ¡ay!, los varones esforzados. Sólo quedamos hembras.

Fernando.—Valientes quedan aún, y no cobardes. ¿Qué quieres decir?

Juana.—Señor, lealmente os he servido por mi anciano y achacoso padre, no porque a mí cupiera serviros, que soy mujer.

Obispo.—¿Tú mujer? *(Persígnase.)*

Juana.—Mujer soy, por la memoria de mi madre, y mi nombre es Juana. Pedro Díaz es el nombre de mi padre.

Mendoza.—Pronto conocí en ti un ser harto singular, aunque no quiero decir que no me hayas engañado.

Fernando.—Forzoso es creerte, como siempre te hemos creído; pero habiéndonos tenido engañados tanto tiempo, ¿qué testimonio nos das más que la palabra de que eres mujer, como dices, y no una aparición celestial?

Juana.—Señor, ¿os satisface el testimonio del soldado que queda de mi pueblo y espera en la antesala?

Fernando.—Menester será oírlo. *(Al* Caballero.*)* Que pase ese soldado. *(El* Caballero *sale.)* Pero ¿puedes darnos otras pruebas?

Juana.—Puedo dar el testimonio del cirujano que me ha curado de una herida en el pecho.

Fernando.—Nunca supe que habías sido herido, digo, herida. ¿Cuándo lo has sido?

JUANA.—Al entrar en Toro recibí una herida en el pecho, que no era grave, y pude ocultar, salvo al cirujano, de quien obtuve promesa de sigilo para curarme.

(El CABALLERO *y* AQUILINO *entran.)*

FERNANDO.—*(A* AQUILINO.)—¿Conoces a este tu jefe?

AQUILINO.—*(Temblando.)*—Sí, señor.

FERNANDO.—Di quién es. La verdad al rey.

AQUILINO.—Aquí, señor, es Pedro Díaz. *(Mira a* JUANA, *que expresa desacuerdo.)*

FERNANDO.—¿Es Pedro o es Juana? ¡La verdad, o el calabozo!

AQUILINO.—Aquí es... es... Pedro; pero en mi pueblo era Juana.

FERNANDO.—No eres del todo tonto; pero te va a costar un arresto lo tonto que eres. ¿Qué nombre es el falso? ¿Pedro o Juana?

AQUILINO.—En saliendo de nuestras casas, unos venimos a más y otros a menos. Y tanto cambiamos, que yo apenas sé ya quién soy, aunque conservo el nombre: Aquilino García, por la gracia de Dios, para servir al rey.

FERNANDO.—¡Basta de servidumbre! Nos ahoga como la hiedra. Contesta a mis preguntas.

AQUILINO.—Pero cuando cambia el nombre, que es lo último que cambia, ya nada sé, señor. Mi ciencia es corta y me deja en la estacada. No sé si todo se muda. Sólo recuerdo que allí era Juana, hija de

Pedro Díaz, y aquí es Pedro Díaz, padre de Juana. Lo que es ser padre e hijo de sí mismo.

FERNANDO.—¿Dónde has aprendido tú esos circunloquios?

AQUILINO.—Señor, yo no sé qué es eso. No he aprendido nada. Tened piedad de mí.

FERNANDO.—Bien la necesitas, y hoy hemos de tenerla. Vete.

AQUILINO.—Gracias, señor. *(Sale.)*

(El PAJE *entra con un pliego, que entrega al rey, y éste, sin abrir, al cardenal.)*

MENDOZA.—*(Lo abre y lee.)*—El alcázar, dispuesto a rendirse. María Sarmiento solicita gracia y pide condiciones.

FERNANDO.—Bien; arreglad eso.

(MENDOZA *se dirige a la mesa de la izquierda, con* ALBA *y* GUZMÁN; *siéntase y escribe. Luego salen los tres.)*

OBISPO.—De los débiles, y muy señaladamente de la mujer, se sirve Dios en sus prodigios para confundir a los fuertes y poderosos, como nos atestigua la historia con innumerables ejemplos. Judit y Holofernes, Débora y Sísara, esta cristianísima dama y el arzobispo de Toledo. He ahí el hombre y la mujer, Satán y el ángel, soberbia y humildad, en manos del Omnipotente.

FERNANDO.—No necesito más testimonios. Pues que me has servido tan bien, dime qué te ha movido

a ello, y pídeme lo que quieras. ¿Eres enviada de Dios?

JUANA.—Soy desconocida, y por signos se conocen los enviados. Buen rey, en muchas vidas hay una tragedia; la del vacío del amor hay en la mía. Quiero vivir y llenar este vacío.

OBISPO.—¿No amas a Dios sobre todas las cosas?

JUANA.—Con el amor de que soy capaz; como yo quisiera ser amada.

FERNANDO.—Gran cosa es amar y ser amado. El supremo valor es el amor.

JUANA.—Pero muchos pasan por la tierra sin encontrar el amor que apetecen. Y el desengaño viene pronto; y con el desengaño, la paz, que no se disfruta en ninguna parte como en el rincón que nos vió nacer. No hay nada como ver el mundo para desengañarse y amar nuestra tierra.

FERNANDO.—¿Quieres volver a tu pueblo?

JUANA.—Señor, como todo soldado después de la guerra. Es mi mayor deseo.

FERNANDO.—Eres libre; pídeme lo que quieras. La libertad es deuda, no gracia, y a quien tan bien me ha servido he de acompañarla de alguna merced.

JUANA—Señor, mi tierra os ha dado tan generosamente su sangre, que perece. No quedan allí varones y, ya lo veis, tiene que enviaros las mujeres. Acudid a esta necesidad, y no consintáis que se despueble. Libradla del azote de la guerra. No os pido que la libréis de los justos tributos de dinero; libradla de los tributos de sangre; haced que todos sus naturales sean hijosdalgo, y engrandecerá el reino.

Fernando.—Cuanto me pides será tuyo. Secretario, escribe. *(Dictando.)* En prueba de los servicios prestados en la guerra por la Dama de Arintero, Juana Díaz, concedemos libertad de quintas al expresado lugar, y hacemos partícipes de esta merced a cuantos pueblos se hallen a menos de... *(Volviéndose a* Juana.) ¿Qué distancia? ¿Dos leguas?

Juana.—Tres; tres, si sois tan magnánimo. Así alcanza al pueblo de mis parientes: La Cándana.

Fernando.—A menos de tres leguas de distancia del susodicho Arintero, cuna de la gentil doncella. Asimismo otorgamos merced de hidalguía a todos los naturales del expresado territorio. *(Firma.)* Yo el rey. *(El* Secretario *lo seca y entrega al rey, y éste a* Juana.) Toma, por tus méritos.

Juana.—Gracias, señor, de todo corazón.

Fernando.—¿Tienes más que pedir?

Juana.—Otra súplica quisiera haceros. Esta espada *(La coge.),* que os agradezco profundamente, ya no es símbolo alguno en mi vida. Permitidme dejárosla y llevar a mi pueblo un arado moderno, para sustituir al romano que todavía usan allí. *(La entrega.)* Y aun os ruego, señor, que permitáis acompañarme al soldado que acaba de abandonar vuestra presencia.

Fernando.—En todo serás servida. Dios sea contigo.

Juana.—Gracias, buen rey. Dios os lo premie y haga que los venideros bendigan vuestro reino y reinado. *(Sale.)*

TELÓN

ESCENA V

La forman dos hechos distintos: la rendición del alcázar de Toro por María Sarmiento, el 19 de octubre de 1476, y el encuentro de los Reyes Católicos, después del triunfo de las armas castellanas.

El mismo palacio y salón que la anterior. El REY pasea preocupado; MENDOZA y el SECRETARIO escriben en las mesas laterales; el OBISPO de Avila reza cerca del trono.

Un PAJE entra.

EL PAJE.—La reina, señor. La reina ha llegado.

(ISABEL I, *de veinticinco años, "muy hermosa y alegre, de mediana estatura y ojos azules", entra, seguida de* ALBA, GUZMÁN, *el* CABALLERO, *una dama, pajes y soldados.)*

ISABEL.—¡Fernando! ¡Mi Fernando! Un siglo sin verte. ¿Sano y salvo?

FERNANDO.—Sano y salvo, Isabel. Hemos vencido.

MENDOZA.—Bien venida seáis, señora. *(Le besa la mano.)*

ISABEL.—*(Besa el anillo al* CARDENAL *y al* OBISPO.*)* Dios sea con todos.

Fernando.—De hoy más nadie nos disputará la corona de Castilla.

Isabel.—Llena estoy de contento, Fernando, por el triunfo de nuestras armas. En Tordesillas me alcanzó la buena nueva, y mi primer cuidado fué dar gracias por ello a Dios y venir a reunirme contigo.

Fernando.—Bien haces, Isabel, que no sé si te necesito y me confortas más en la hora de la lucha o en la del triunfo.

Isabel.—Y al llegar me anuncian la rendición de este castillo.

Mendoza.—María Sarmiento acepta las condiciones y demanda perdón.

Isabel.—Ahora no podemos recibirla. Que aguarde. ¿Verdad, Fernando?

Fernando.—Que aguarde. Nuestro cariño... Pero los asuntos de gobierno vienen antes que los del corazón.

Isabel.—Dices bien. Primero es el deber que el sentimiento. Que la hagan pasar.

(Mendoza *habla con el* Secretario, *que sale y vuelve con* María Sarmiento, *un hijo y una hija, de veinte a veintidós años, cuando el rey y la reina están ya sentados en el trono, con la dama.* Guzmán *y el* Caballero, *a la derecha de la reina, y* Mendoza, Alba *y el* Obispo *a la izquierda del rey.)*

María.—Señora, a vuestra alteza me confío con mis hijos. Aceptadas vuestras condiciones, os entre-

go el alcázar y os suplico hagáis cumplir vuestra promesa de protección a las tropas que conmigo lo defendieron, como yo cumpliré lealmente mis obligaciones.

ISABEL.—¿Quiénes componen la guarnición?

MARÍA.—Ochenta escuderos; los más, de Toro. Pocos son los forasteros.

ISABEL.—¿Cuántos portugueses hay entre ellos?

MARÍA.—Dos docenas escasas.

FERNANDO.—Esos pueden marcharse en tres grupos a su tierra. Se les proveerá de salvoconducto. Los otros quedan en libertad.

MENDOZA.—Y tú, María Sarmiento, ¿acatas sin reservas el poder de los reyes de Castilla y León y te sometes al trono?

MARÍA.—Lo acato y me someto.

ISABEL.—Eres libre, y podrás vivir sin molestias donde te plazca.

MARÍA.—Gracias, señora.

MENDOZA.—Pero tus hijos quedarán en rehenes en tanto se cumplen nuestras condiciones.

MARÍA.—¿Mis hijos? Yo no me separo de mis hijos.

MENDOZA.—Es condición...

MARÍA. — ¿Otra condición, encima de vuestras condiciones?

MENDOZA.—Tienes que consentir en separarte algún tiempo de tus hijos. Segura y buena custodia tendrán.

MARÍA.—Señora, os confío mis hijos como una madre los puede confiar sólo a otra madre.

Isabel.—Espero hacer de ellos y de ti súbditos fieles. Les tendré cerca de mí. *(A los soldados.)* Retenedlos en Palacio, y que no sufran daño alguno. *(Dos soldados llevan a los hijos de* María Sarmiento, *que besan la mano a su madre y hacen una reverencia a los reyes.)* Y tú puedes retirarte igualmente, segura de que dejas en nuestros corazones sentimientos de fraternidad y admiración, no de venganza.

María.—Gracias, señora. La vida pone frente a frente almas afines, y a menudo vemos que ayunta almas contrarias. Hemos de poner buena cara a los defectos de la vida y comprender sus imposiciones. *(Sale.)*

Alba.—Nunca vencido escapó con menos pena.

Isabel.—La quiero vencida, no humillada.

Mendoza.—Al que hemos de ver humillado, después de vencido, es al arzobispo de Toledo.

Isabel.—Eso queda de vuestra cuenta, cardenal. Vos sabréis entenderos mejor con él. Dejadme a mí las damas.

Fernando.—*(Á* Mendoza.)—A fe que tenía razón Juana Díaz. Parece que sólo quedan hembras en el reino.

Mendoza.—El ejemplo de la reina levanta los corazones femeninos a empresas que parecen destinadas sólo para el varón. Estamos en la época de la mujer, por su temple de alma y corazón, varonil. Día llegará, desgraciadamente, y no tardará mucho, en que los hombres sean mujeres, aunque no lo alcance tu reinado.

ISABEL.—Después de dar gracias a Dios por la victoria y agradeceros vuestra parte en ella, quiero mostrar también mi reconocimiento a nuestras tropas. Aquí puedo recibir a los jefes.

FERNANDO.—¿No sabes que uno de los más valientes era una mujer? Pedro Díaz, el triunfador imberbe, resultó ser la Dama de Arintero. Y ninguno la conocimos. Ni siquiera el mejor conocedor de los hombres. *(Señala al cardenal.)*

MENDOZA.—Es que el alma de la mujer es más impenetrable y elusiva que la nuestra.

ISABEL.—Me han hablado de ella. ¡Qué extraño! Pedro Díaz una mujer.

FERNANDO.—Acabo de licenciarla.

ISABEL.—¿Y cómo has recompensado sus servicios?

FERNANDO.—La merced de hidalguía me pidió para sus paisanos.

ISABEL.—Bien merecida la tienen. ¿Y nada más te pidió?

FERNANDO.—Exención de tributos de sangre, no de especie, me pidió, y le concedí, para su concejo.

ISABEL.—Y su concejo ¿es grande?

FERNANDO.—Tres leguas a la redonda.

ISABEL.—Está bien. Hay que hacerse cargo del alcázar. Esto se ha terminado. *(Todos se levantan.)* Podéis marcharos. *(Al rey.)* Quiero quedarme a solas contigo. *(Desfilan todos, menos la dama.* MENDOZA, *el primero.)* Y tú también. *(La dama sale.)* ¿Libertad de quintas a un concejo en tres leguas a la redonda?

Fernando.—Sí. No es una recompensa excesiva, una vez ganada la guerra. Libre de quintas, entiéndelo bien. No exento de contribuciones.

Isabel.—¡Libertad de quintas, santo Dios! Ese es un nuevo privilegio. Acuérdate de que hemos venido a luchar contra los privilegios, que absorben el bien y el bienestar general. Tenemos que proteger a los más contra los asaltos de las pandillas de los menos. El principio fundamental de nuestro reinado es: justicia igual para todos. Todos son nuestros súbditos igualmente queridos, y no podemos distinguirlos más que por sus méritos. Los de mayor mérito, los de espíritu más excelso, esos son los mejores, que son también las plantas más delicadas; y para que se den con profusión y lozanía en nuestro reino, no consentiremos que la hiedra las ahogue. A ellos hemos de amarlos más, que, como dirá el poeta, los sabios necesitan amor, así como los que aman deben tener sabiduría. Pero para que los mejores no se malogren y el mérito luzca, tenemos que destruir el privilegio, que arruina a nuestro pueblo, el de los hijos desvalidos y despejados. ¿Cómo vamos a crear nuevos privilegios, si tenemos que destruir los antiguos? El cuerpo social está depauperado y desnudo por la avaricia de los gremios, y hemos de perseguirlos. Hemos de luchar contra los nobles, mantenedores de un estado dentro del Estado y contra los obispos, rabadanes que esquilan por igual a ovejas y pastores.

Fernando.—¿Qué vamos a hacer si nos pone-

mos enfrente de los nobles y los obispos? El pueblo es pobre, y no nos presta dinero.

Isabel.—El dinero hemos de sacarlo del dinero, con la ventosa del gravamen, y no dejarlo convertirse en privilegio irritante, que pase del uso a la usura. Así pierde a los que viven para él. Nosotros tenemos que mirar de más arriba. Los reyes hemos de guardarnos de tener el corazón contraído de plebeyos o de avaros, hecho sólo de su codicia y para su dinero. Los avaros sólo aman su dinero, y nosotros debemos amar por igual a todos nuestros súbditos, como una madre ama a sus hijos; y más al más desgraciado. No podemos fiarnos de los consejeros que nos señalan el peligro en el pueblo y quieren apartarnos de él. Son nuestros enemigos. Yo no puedo aguantar tales sesudos y ponderados impostores. Necesito sentir como cada uno de mis súbditos; vivir su vida, compartir igualmente sus penas y regocijo, como compartí su educación en la infancia; reír y llorar con ellos. Nada pido con tanto fervor a Dios como un corazón grande, en el que quepan todas las penas y alegrías de mi pueblo. Así mereceré ser su reina. Y tú, para ser rey digno, has de ser justo. El pueblo nos debe lealtad, pero nosotros le debemos justicia, justicia igual para todos. Y la justicia no se aviene con el privilegio, ni es tal justicia otorgar a una comarca entera el premio que corresponde a uno o a cada uno de sus hijos esclarecidos. ¿Cómo sabríamos negar otro tanto a todas las villas y lugares de nuestro reino?

FERNANDO.—Tú dirás entonces lo que hemos de hacer.

ISABEL.—Revocar el privilegio. Yo no veo otra salida. Que hagan volver a la Dama y la acogeremos en Palacio. La corte está llena de quitamotas y necesita aires del campo que la oreen.

FERNANDO.—¿Aun te parece que se orea y curte poco? ¿No será más exacto decir que la corte vive y anda hoy a campo traviesa?

ISABEL.—Vivimos con el pueblo, y así conocemos sus apuros. No podemos rodearnos solamente de nobles de linaje, que a menudo son plebeyos de espíritu. La verdadera nobleza es la que se ennoblece por sí misma. La heredada se corroe y degenera. Acogeremos a la Dama y la dotaremos con la largueza que merece, como hacemos con otras doncellas nobles hijas de los grandes del reino.

FERNANDO.—Haz lo que quieras y no me metas entre tus damas.

ISABEL.—*(Golpea un timbre. La dama entra.)*—No te llamaba a ti. Pero haz venir a tu hermano.

DAMA.—Al punto, señora. *(Sale.)*

FERNANDO.—Es difícil gobernar un reino.

ISABEL.—Más difícil es de gobernar un hombre, y, sin embargo, con la ayuda de Dios, se gobierna.

FERNANDO.—Tarará. Tarará. Tarará.

(El CABALLERO *entra.)*

ISABEL.—Necesito aquí a la Dama de Arintero Juana Díaz, a quien el rey acaba de licenciar. Que te

acompañen dos soldados de a caballo y ve a su alcance. Dile que la necesita y, antes de ir a su pueblo, quiere verla y conocerla la reina.

CABALLERO.—¿Nada más, señora?

ISABEL.—Nada más.

(El CABALLERO *sale.)*

TELÓN

ESCENA VI

La Cándana, última etapa del viaje de la DAMA, desde donde se divisan en la lejanía las montañas de los contornos de Arintero. Lugar de pobre aspecto, en una ribera arbolada. Una especie de plaza en el centro, delante de un mesón. A un lado de éste, un cenador rústico con una parra. Al otro, un poyo de piedra delante de un árbol.

La mañana de un claro día de verano.

A la puerta del mesón aparecen JUANA y AQUILINO, aún en uniforme militar.

AQUILINO.—Sí, hemos hecho una buena obra. Ya podemos estar satisfechos, con misa y sin mesa.

JUANA.—¿No íbamos a aguardar a misa, siendo hoy domingo?

AQUILINO.—Ahora, si quieres, nos pondremos en marcha.

JUANA.—Primero comeremos algo, y luego tengo que visitar los parientes que tenemos aquí.

AQUILINO.—¿Para qué los quieres ver, si no los conoces?

JUANA.—Precisamente para conocerlos. No sé su casa, pero decía mi madre que estaba en el centro del pueblo.

Aquilino.—Las casas más antiguas y mejores suelen estar en los pueblos rodeadas por las demás.

Juana.—Preguntaremos.

Aquilino.—Los parientes no te conocerán tampoco, sobre todo en ese traje.

Juana.—Ya saben que fuí a la guerra por mi padre. No pueden esperar que vuelva vestida de otro modo.

Aquilino.—Mira, si tú vas a ver los parientes, yo voy a jugar los bolos.

Juana.—Serás capaz de jugar y beber hasta la mujer, el día que la tengas.

(El Mesonero *entra.)*

Mesonero.—*(Señalando el cenador.)*—Aquí se pueden acomodar los señores de armas, en tanto se les prepara lo que desean. ¿Vienen vuestras mercedes de lejos?

Aquilino.—Tres días de viaje traemos, sin dormir ni parar, si no es para dar cebada y ayudarnos con un tente en pie.

Mesonero.—Priesa llevan vuestras mercedes.

Juana.—Sí, llevamos priesa por llegar a casa. A ver cuándo está esa comida, que tenemos que marchar en terminando el pienso los caballos.

Mesonero.—Los señores de armas saben que no hay tiempo mejor gastado que en restaurar las fuerzas. A la lámpara hay que echarle aceite. Yo tengo el mejor vino de esta tierra.

Juana.—Es de mercachifles ponderar su mercancía.

MESONERO.—Sí, señor; el mejor vino de uva. ¿Quieren probarlo ahora?

JUANA.—No somos mayormente bebedores. Id en paz y servidnos pronto.

MESONERO.—Al instante y en lo que gusten. *(Sale.)*

AQUILINO.—Nadie nos espera. Y lo que se van a alegrar en nuestras casas. Yo temo por la alegría de mi madre cuando me vea llegar.

JUANA.—¡Qué alegría, y al mismo tiempo qué dolor! Volvemos nosotros solos. *(Pausa. Siéntanse ambos en el poyo.)*

AQUILINO.—¿Para qué pensar en los demás? Pensemos en nosotros mismos y en nuestro porvenir. Pero tú nunca me dices nada. La suerte se empeña en separarnos, aun cuando nos une como ahora, y tú no me das la mano.

JUANA.—Mira, esta tarde llegamos, y en llegando será otra cosa. Veremos lo cambiado que está el pueblo y también lo que hemos cambiado nosotros. Primero tengo que vestir mis vestidos, y luego veremos las cosas y hablaremos de otro modo. ¡Qué ganas tengo de llegar a Arintero! ¡Cómo se alegrará Lucía!

AQUILINO.—Antes de llegar me puedes dar alguna esperanza.

JUANA.—Eres verdaderamente extraño. ¿Qué más esperanza puedo darte que la que tienes? Quien tiene amor, tiene esperanza.

AQUILINO.—La mitad de mi vida es esperanza y la otra mitad desesperación. Espero soñando o dor

mido; pero despierto ya no espero. Entonces cada vez te veo más lejos de mí. Tú vas de triunfo en triunfo, y yo no salgo de lo que soy. Y aunque no te ensoberbece la victoria, nunca puedo llegar a ti.

JUANA.—Ni nos envanezca la victoria, ni la adversidad nos acobarde. El triunfo muchas veces no dista de la derrota tanto como el grosor de un cabello, y lo consigue a menudo el que menos lo merece o hace menos para alcanzarlo. ¡Y cuánta bambolla y mentira tejen los hombres alrededor del triunfo! Premian, ensalzan, adoran, endiosan al vencedor, a la vez que castigan o desprecian al vencido. Y aquél se engríe como un gallo triunfante. ¡Qué figura tan ridícula es la del gallo! ¡Y qué ser tan absurdo es el hombre! Vive de ilusiones más que de realidades. Yo estoy segura de que la piedad y el amor de Dios no pueden ser para el vencedor. La divina predilección tiene que ser para el vencido. Sí, siempre será para él, como se halle dispuesto a recibirla, que Dios no sigue los caminos de los hombres ni los caprichos de la fortuna.

AQUILINO.—Y el amor del vencedor, ¿para quién será?

JUANA.—¡Ah! No preguntes eso, que casi nunca hallarás la respuesta... Según el alcance de su sentimiento... La mayoría de las veces, para él mismo.

AQUILINO.—El tuyo no es para ti, ni para quien más hace por merecerlo.

JUANA.—¿Crees tú que el pueblo me lo agradecerá? ¿Tendré yo el amor y la gratitud del pueblo

cuando sepa lo que le traigo? Yo no podía hacer más por él.

AQUILINO.—Nunca el amor de un pueblo será tan constante como el de un hombre. Y de seguro que más que la libertad de quintas quisiera el pueblo verse libre de contribuciones.

JUANA.—Puede ser. Pero ¿podía yo pedir otra cosa? ¿Hay algo que llene de horror como la guerra el corazón de una mujer? Y toda mujer juzga de esas cosas como una madre que es o será si Dios quiere. Todas somos capaces de dar hasta la vida por salvaros, por salvar en cada hombre a nuestros hijos.

AQUILINO.—Nosotros la damos también por vosotras.

JUANA.—La dais por vuestros instintos feroces o por vuestra terquedad, como el carnero. Vosotros no sabéis del amor ni del dolor de los hijos.

AQUILINO.—Ni tú tampoco.

JUANA.—Justo. Ni yo tampoco sé; pero lo siento y sabré algún día, si Dios quiere.

MESONERO.—*(A la puerta.)*—Los señores de armas ¿van a comer adrento o en el comedor?

JUANA.—Aquí. Dondequiera.

MESONERO.—¿Y qué vino quieren los señores?

AQUILINO.—Media azumbre del mejor de la tierra.

MESONERO.—Con lo mejor del mesón serán servidos. *(Sale.)*

JUANA.—¿Para qué pides tanto vino, si no hemos de beberlo?

Aquilino.—Para, si no se porta como dice, con lo que sobre lavarle la cara al mesonero.

Juana.—Te vas envalentonando.

Aquilino.—¡Psch! Cada uno tiene su hora.

Juana.—Su hora y su lugar, que más necesita quien menos tiene.

(El Mesonero *entra con servicio, vino y vianda sobre una mala mesa y la coloca en el cenador.)*

Mesonero.—Están los señores servidos. Acomódense bajo la parra. *(Sale.)*

(Se sientan y luego comen.)

Aquilino.—*(Ofrece la jarra a* Juana.)—Vamos a ver si es el tintillo como dice el pillo.

Juana.—No. Gracias. Bebe tú. Yo comeré algo primero.

Aquilino.—*(Bebe.)*—¡Psch! Le podemos perdonar la vida.

Juana.—No tengo ganas más que de llegar a casa y entregar la cédula real al pueblo. Si por un accidente la perdiésemos.

Aquilino.—Va bien guardada en el arzón de la silla. Bebe y vive sin cuidado.

Juana.—*(Bebe.)*—En llegando a casa descansaremos. Entonces nos veremos libres de cuidados.

(El Mesonero *entra por el lado opuesto con el* Caballero *de las escenas anteriores y dos soldados.)*

MESONERO.—Aquí no hay más que estos dos señores de armas, que yo tenía por caballeros. Vean vuestras mercedes si son los que buscan.

CABALLERO.—Ellos son, y caballero y espolique son, rústico mesonero. Un arre ¿es igual para ti que un arriero?

MESONERO.—Todos caballeros son si paran en mi mesón. Yo me lavo las manos *(Se las limpia con un paño.)* y sirvo a los señores. *(Sale con el* CABALLERO *y los soldados.)*

JUANA.—*(En pie.)*—Tienes que escapar.

AQUILINO.—Contigo.

JUANA.—Solo.

AQUILINO.—No saldré sin ti.

JUANA.—Sal a galope en mi caballo y salva los papeles.

AQUILINO.—Huye conmigo, por tu vida.

JUANA.—Está en juego más que mi vida. Ve con Dios.

AQUILINO.—Si tú lo mandas... El te proteja. *(Sale.)*

(Entra el CABALLERO *con los dos soldados.)*

CABALLERO.—Salud y buen provecho. A tu encuentro venimos.

JUANA.—¿A mi encuentro? ¿Para qué?

CABALLERO.—Sí, a tu encuentro. Por mandato de la reina.

JUANA.—¿La reina? ¿Qué queréis de mí? ¿Qué manda la reina?

Caballero.—La reina quiere por sí misma recompensar tus méritos, y desea tenerte en Palacio. Orden traigo de que allí vuelvas conmigo.

Juana.—No es Palacio lugar de mi querencia.

Caballero.—Eso ¿no quiere decir que desacatas las soberanas órdenes?

Juana.—Acabo de servir al rey y obedezco sus órdenes. Tengo mi licencia.

Caballero.—Justamente, es lo que has de mostrarme.

Juana.—Mi licencia no puede estar sujeta a revisión.

Caballero.—Tal creo yo, aunque el rey puede dar y quitar mercedes.

Juana.—La concesión real es definitiva.

Caballero.—Más definitivo es el mandato, y sobre él no hemos de malgastar palabras.

Juana.—¿Y si yo rehusara cumplir todo mandato que no tengo por real?

Caballero.—No cabe tal negativa. *(Echa mano a la espada y los dos soldados hacen ademán de desenvainar las suyas.)*

Juana.—¡No! ¡Luchar no quiero! Ya vengo hastiada de la guerra. No quiero una lucha fratricida ni desviar lo que me espera. Haced lo que queráis de mí. Matadme, pero no profanéis mi cuerpo. ¡Dios mío! *(Levanta las manos al cielo y, al volverse, ve un cura que viene por la plaza, y corre hacia él)* Padre, reverendo padre, oídme en confesión. Yo os lo suplico.

Cura.—Noble gente, el ánimo del bien os guíe en vuestras andanzas, y Dios sea con nosotros.

Caballero.—Salud, padre cura.

Juana.—Oídme en confesión, reverendo padre. Por el amor de Dios.

Cura.—En confesión no puedo oírte en la calle. Si quieres confesar has de ir al templo. Pero tú estabas hoy en misa. ¿Cómo no te confesabas antes?

Juana.—¿No oiréis a un pecador en trance de muerte, dondequiera que os lo suplique?

Cura.—Hijo mío, no advierto yo trance de muerte en un real mozo como tú; pero si te urge de tal manera descargar tu conciencia, bien venido seas. Aquí mesmo te confesaré. *(Descúbrese y pónese a confesar a* Juana, *sentado en el poyo.)*

Caballero.—*(A* Aquilino, *que entra apresurado, deteniéndole.)*—Tú márchate a tu pueblo en seguida y di que Juana Díaz está en la corte. No digas que ha venido hasta aquí y se vuelve. Eso no le gustaría a su familia. ¿Entiendes? Di que se quedó allá. ¿Estamos?

Aquilino.—A las órdenes de vuestra merced.

Caballero.—Pues encamínate y no vuelvas la vista atrás.

Aquilino.—¿Manda algo más el señor?

Caballero.—Acabo de decirte que te pongas en camino.

Aquilino.—Si vuestra merced lo permite, me despediré de mi amo.

Caballero.—Sólo has de mirar que la despedida

sea breve. O mejor, ni breve ni larga. Lárgate de aquí.

(AQUILINO *sale cabizbajo.)*

MESONERO.—*(A la puerta.)*—¿Manda algo vuestra merced?

CABALLERO.—Menester habremos de viandas. ¿Qué tenéis?

MESONERO.—De todo hay en el mesón: de comer, beber y arder. Cada cual lo que quiera, y el que más quiera más paga. Y aquí, que hay harina, no entra la mohina.

CABALLERO.—A más de mesonero eres bufón. *(El* MESONERO *hace una mueca afirmativa.)* Y camas, ¿tienes para acoger en tu casa a personas de calidad?

MESONERO.—Camas no hay más que una, pero es grande: la pajera.

CABALLERO.—Buena para ponerle fuego y freírte el tocino. *(Espada en mano.)* Apártate de mí si no quieres que ponga en práctica estos designios y te abra en dos.

MESONERO.—Para eso sois señor de armas y yo vuestro humilde siervo. *(Sale.)*

CABALLERO.—*(A los* SOLDADOS.)—Es necesaria la supresión.

(Los SOLDADOS *hacen signos de conformidad y salen.)*

CURA.—*(A* JUANA.)—No puedo echarte la absolución en ese traje.

JUANA.—Si queréis que me lo quite, ayudadme a llegar a casa de mis parientes. *(Se retira a un lado.)*

CURA.—*(Va hacia el* CABALLERO.)—De gente de armas es sentir más que otra el espíritu de camaradería, y vuestro compañero lo echa de ver en vosotros.

CABALLERO.—No es nuestro compañero; es nuestro enemigo y un enemigo de la paz de las conciencias.

CURA.—Idos de aquí todos y dejadnos en paz, en nuestra santa paz. *(Va hacia* JUANA.) Quienquiera que seas, yo te absuelvo. (JUANA *hace una reverencia y sale.)* Decidme, por vuestro honor, si es soldado, como parece, y no dama seguida o perseguida, como pretende.

CABALLERO.—Pardiez, reverendo, ¿no lo veis? Es un ser que lleva la perturbación a todas partes, como mordido por un perro rabioso que ha sido. Por librar a los pueblos de mal venimos en su seguimiento y hemos de suprimirlo.

CURA.—¡Cáspita! ¿Rabia? Yo hubiera creído que era un soldado cobarde, atacado de manía persecutoria.

CABALLERO.—Tiene alternativas. Pero los facultativos están contestes en que la enfermedad es incurable, y nosotros, que ejercemos de autoridad y policía del reino, tenemos la misión de suprimir sus enemigos. Suprimir todo lo que perturbe la conciencia e inteligencia del pueblo sumiso, como quiera que sea y venga de donde viniere.

CURA.—Nada hay como la paz de las concienci[as]

y la sumisión del pueblo. Dios la mantenga y os guíe. *(Sale.)*

CABALLERO.—De aquí no se nos va. *(Sale. Se oye a* JUANA *pedir socorro y el ruido de la lucha con los soldados.)*

JUANA.—¡Dejadme ver a mis parientes! ¡Dejadme ver a mis parientes! *(Suena un tiro y viene a caer muerta al escenario.)*

VOCES.—¡Asesinos! ¡Asesinos!

TELÓN

EPILOGO

Un despacho actual, grande y austero, con una mampara o cortina al foro. Un gran diván y varios asientos. Sobre la mesa, una lámpara eléctrica, con pantalla coloreada, que da un aspecto extraño a la única luz que alumbra la estancia.

El autor, sentado en postura irregular, sueña.

Aparecen la sombra de ISABEL LA CATÓLICA, en el último tránsito y vestido morado, de tela del pendón de Castilla, y a su izquierda las de JUANA y LUCÍA, en vestido blanco, poco distintas de como las conocimos.

JUANA.—¡Mira que llamarnos ahora a la tierra, cinco siglos después de la villana muerte que me dieron! Tardía es la justicia entre los hombres.

ISABEL.—No es la justicia; es el amor el que nos llama. Anselmo todavía se acuerda de nosotras. ¿No estáis contentas? Yo brinco de gozo por volver a mi tierra tan amada, aunque estos diablos de chicos enredadores todo lo han vuelto patas arriba.

LUCÍA.—Y yo también. A mí que me gusta tanto ver jugar a los chicos. Jugando los dejé.

JUANA.—No sé para qué nos llama. Nos echarán de él otra vez, porque el mundo no se aviene con nosotras.

Isabel.—Agradéceselo de todos modos, y dale una trenza de tus cabellos, que bien te quiere.

Juana.—¡La trenza del pelo! No tengo trenza. Ya me la corté y se la di a Aquilino. Pero ¿crees tú, Isabel, que es tanto lo que merece?

Isabel.—Quizá mucho más. Te digo que tendrá siempre mi amor y gratitud por volvernos al mundo.

Lucía.—Y el mío.

Isabel.—¿Quién se resigna a una separación tan larga de la carne? ¡Lástima es que se haya acabado mi poder aquí abajo!

Juana.—No sé si agradecérselo o reprochárselo. Me gusta volver a la vida, a lo que hemos sido; pero temo que no podamos vivirla mejor. A mi primer paso por el mundo nunca pude estar en mi propio sitio. Jamás llegué a sumergirme en la corriente de la vida, ni pude tampoco cabalgar en ella y guiarla por el que yo entendía camino verdadero de salvación. Y ahora Anselmo me trae al teatro a vivir una nueva vida en medio para mí desconocido. Tengo que agradecerle que diga la verdad a los hijos de mi tierra, que hacían de mi historia un romance tan adornado y desfigurado con hazañas legendarias, que ni yo misma en él me reconocía. Aunque, a decir verdad, y aquí entre nosotras, Anselmo también adorna un poco los hechos y algo me favorece.

Isabel.—La mujer debe aparecer siempre adornada y compuesta.

Juana.—Está bien que me recuerden mis paisanos y que quiten el polvo y polilla de mis papeles; pero ¡yo en el teatro!

ISABEL.—Tu propio sitio era la Iglesia, pero la ignorancia y la desidia del cura de La Cándana te privó de entrar en su seno y ser nuestra Santa Juana, cuando mi ignorancia de la maldad del mundo te llevó a una muerte prematura. Por ello hemos de servirte ambos durante los siglos de los siglos. Y muy a nuestra satisfacción, pues, al revés que en la tierra, mucho más te queremos en el cielo desconocida que canonizada.

(Aparece la sombra del CURA *de La Cándana, más viejo. La luz aumenta ligeramente.)*

EL CURA.—Más acá de las fronteras atmosféricas hasta las regiones de este nuestro limbo en que vivimos, alcanza la lengua de la mujer. Por haber sido descubierto en un *lapsus,* de los muchos en que he caído, divulgáis en tierra y cielo la fama de mi ignorancia y desidia. No os culpo porque la pregonéis entre nosotros. Aquí todos nos conocemos. Pero en el mundo, ¿acaso hicieron otra cosa muchos graves varones que pasaron por sabios? ¿No se llenan nuestros días en el mundo de desidia y energía malgastada?

ISABEL.—No los míos, reverendo.

EL CURA.—¿No es allí la cordura laboriosa como la hormiga y callada como la violeta, y la impostura de la traza del elefante y ruidosa como el cencerro? ¿Cuándo en la tierra conocieron en vida a los santos más que como enemigos, porque no hacían lo que los sectarios del mal? Aun sangran los relatos que no

hacen Teresa y Luis de León de su calvario por el mundo. ¿Por qué ahora hacéis de mí solo sambenito, si de su mismo enamorado Juana fué desconocida y abandonada? Que responda él de su culpa.

(La sombra de AQUILINO, *anciano mozo de cuerda, entra y se dirige al autor, quien parece despertar al recibir una palmada en el hombro.)*

AQUILINO.—Aquí me tienes, Anselmo, si hago falta para este viaje. Yo no nací más que para obedecer, soportar cargas y responder de cargos. Me acusan y aquí me tienes en este sueño que estás soñando. (ANSELMO *se despierta y le mira asombrado.)* Soy mozo de cuerda, al servicio de los que van en coche y compran la gloria con dinero: gente demasiado fina y endeble para confundirse con nosotros.

ANSELMO.—¡Ah, mis queridas sombras! Pero ¿así estáis en vuestra casa? Acomodaos, por el amor de Dios. Os agradezco la visita. Aquí tengo algunas cosas para vosotras. *(Saca dulces de un cajón y se los ofrece.)* Tomaréis algo, ¿verdad? Caramelos, chocolate, mantecadas. Son de Astorga. Luego os presentaré a la familia. Y aquí tengo también unos vegueros. *(Ofrece cigarros. El* CURA *acepta uno.)*

AQUILINO.—*(Lo rechaza.)*—No; yo escupo. Si fuera una jarra de vino...

ANSELMO.—Luego iremos a la bodega. *(Pausa.)* Bien, pobre Aquilino; ¿te quejas de cómo sales de mis manos?

AQUILINO.—Como quejarme, no. Criados debe te-

nerlos quien los paga. Tú bastante has hecho con resucitarme. Ahora que podía haber sido para algo más; pero ¿quién me dió a mí nunca lo que merecía?

El Cura.—Lo que todos los simples de corazón. No has adelantado en siglos de obediencia, ni hubieras mejorado tampoco con el evangelio de la desobediencia. Piensa por tu cuenta, alcornoque.

Anselmo.—No creas que caprichosamente te hice de esta manera. Te encontré hecho. Yo no te he engañado si te obligué a vivir una vida discontinua. Así es la de los que llevamos el peso de la vida, llena de ocasos y desalientos. Pero la vivimos.

Aquilino.—Todo en la vida me ha engañado, menos el reflejo del amor de Juana, que sigue acariciándome después de la muerte.

Anselmo.—¡Hombre, digo, espíritu, enhorabuena! Bastante pronto se muda el amor de las mujeres—y de los hombres—en este pícaro mundo. ¡Santa y bendita seas por ello, Juana!

Juana.—¡Huy! Tú no puedes expedir títulos de santidad, so pena de que te juzguen hijo emancipado de la Iglesia y te condenen.

Anselmo.—Donde alcanza la gracia de Dios no llega la gracia de Roma. Mi catolicidad es mayor que la de la Iglesia, y puedo adorar a mis santos en todos los medios sociales que los encuentro. Y así te adoro a ti, y al padre Esquilo, y a Sófocles, nuestros santos patronos. ¡Ojalá pudiera adorarte con tanta pasión como el Dante a Beatriz!

Juana.—Para ser grandes, ¿han de ser los amores imposibles?

ISABEL.—Por lo menos han de ser espirituales.

ANSELMO.—Si en la Iglesia no te quieren, yo te llevaré a mi templo, que es el teatro. El teatro tiene hambre y sed de verdad y de belleza. Y no se contenta con una parte, porque la necesita toda; toda la verdad, que no quiere la Iglesia, sin que la detenga el riesgo de ofender con ello a Dios.

EL CURA.—Guardaos de los que temen la verdad. Hoy es temor; mañana es horror a la verdad lo que sienten esos monstruos, que viven en la negrura de las siete noches superpuestas.

ANSELMO.—Has crecido en virtudes, reverendo.

EL CURA.—Hablas como un pobre humano: de vicios y virtudes. Pecados y virtudes son por igual excesos vuestros y no míos... Aquí vivimos o, por mejor decir, volamos sin ese lastre.

ISABEL.—*(A Anselmo.)*—En esto habéis adelantado algo. Mi enhorabuena a la libertad y a los mortales. Por la décima parte de verdad que hubieses dicho en mi tiempo te hubieran quemado vivo.

JUANA.—¿Pero cómo quieres llevarme al teatro, si me dice Lope que el teatro ha degenerado en vuestras manos?

ANSELMO.—¡Ah, Lope, Lope! Saluda a Lope de mi parte y dile que no se cuide de la degeneración del teatro, que lleva en sí un inmenso caudal de fuerza regeneradora: el ansia de verdad. El teatro es a la vez esencia y copa de la vida, que en él se nos da con la variedad y concentración que apetecemos. Cansados de la gloria, apuramos en él hasta las heces. Quizá éste es el momento de las heces; pero los momen-

tos pasan pronto. En menos que estira el cuello un ganso. Y esta nube de verano de las gansadas es un fugaz eclipse, al que nos han traído la ñoñez y la mentira. Es la siesta del teatro, acaso conveniente, de la que ya siente náuseas y quiere despertar para vivir y poseer los goces superiores de la inteligencia, recreándose en el arte y sus maravillosos procesos. El teatro se eleva cuando se acerca más a la vida y, en vez de ridiculizarla, la enaltece y traslada, en alas de la imaginación, del torpor animal al cielo puro del arte. Entonces cumple y comprende su misión.

Isabel.—Lope dice que al teatro hoy sólo van a reír. Yo no lo puedo creer.

Anselmo.—Reír es lo de menos. Lo de más es el viaje de la butaca a la escena. Dejar las preocupaciones ordinarias y entregarse por entero a las nuestras en esta vida que pasa en el escenario: vivir con nosotros. Querer, hacer, sentir, pensar; todo eso necesitamos en el teatro y fuera de él para librarnos del animalismo o la idiotez. ¿Acaso es vuestro placer la carcajada?

Juana.—Los hombres ríen, y los dioses y los ángeles sonríen.

Isabel.—La risa no es un relincho ni un rebuzno, aunque más se les parece que a la sonrisa de los dioses.

Anselmo.—Ya conocéis y comprendéis el becerro humano. Y ya veis lo que hemos hecho del mundo. ¿Qué os parece? ¿Lo encontráis muy cambiado?

Isabel.—Maravilla ese cómico y caprichoso pinta-

rrajeo de la piel. Lo demás parecen aguas estancadas de mis días. ¡Pobres diablos! Todavía los encuentro empeñados en cumplir hoy mi testamento. La vida es una caudalosa corriente—aun en el cielo—en la que hemos de marchar con ánimo levantado y la vista siempre adelante. Hacia atrás sólo miran los arrastrados. ¿Creéis que si yo volviera hoy a reinar tendría por programa mi testamento? ¿Qué actas ni actos podrían atarme a un momentáneo deseo, que no rompiera el eterno deseo de hacer más? Y no hicimos poco, ciertamente; pero absortos en las Indias que descubrimos, abandonamos otro viaje mil veces más interesante. Este descuido me atormenta, y por eso vengo ahora a decir a todos los españoles: Cada hombre debe hacer la conquista de su mundo y no esperar a que se lo den conquistado, que entonces será de él vencido. Cultivad el solar patrio; dejaos de Indias y de indios y emprended el viaje más maravilloso del descubrimiento de vosotros mismos. Un solo enemigo os detiene: la pereza. Vencedla. En su estatua de barro puede cada uno hallar su mina de oro. Ocultas están las verdaderas riquezas. Buscadlas en el dominio del pensamiento.

ANSELMO.—Está bien. No dejaré de transmitirles tu mensaje, por si quieren usarlo como epitafio de una reina cuya sabiduría fué tan grande como su ignorancia, que es lo más que se puede decir de un mortal.

ISABEL.—Creo que entonces no fué tan grande; pero ahora, que ha crecido con los años y el paso por

tantos mundos y purgatorios, comprendo que otro fué mi rasgo más vivo.

ANSELMO.—¿Cuál? Sugiéreme la verdad.

ISABEL.—El amor a mi pueblo, que es infinito.

ANSELMO.—Gracias. *(A* JUANA *y* LUCÍA.) Y vosotras, almas que habéis cruzado la vida sin amor, ¿qué me decís?

JUANA.—Siempre os quedáis en las verdades incompletas y nunca acabáis de comprendernos en el mundo. ¿A qué llamáis los mortales amor? Yo amé la vida y la verdad y el bien, como debe amar la música el aire que la lleva. El mal no podíais pretender que yo lo amara.

LUCÍA.—Abrid los ojos y el pecho al amor infinito, en el que todo es uno y uno es todo: el amor a Dios, el amor de Dios y el amor Dios.

ANSELMO.—Divina criatura, me transportas con tanto amor. Voy a presentaros a la familia. *(Corre la mampara. Un torrente de luz inunda la escena y aparece una señora monumental, con un maletín de viaje en la mano, asistida por un criado de librea roja y una doncella vestida de negra túnica. En el fondo, un infernal cuadro abigarrado de la actualidad, en el que predominan las chimeneas, el humo y el fuego. En un ángulo, un administrador corpulento, sentado tras una mesa, entre varias cajas de caudales. Al otro, una mesa, y sobre ella una bujía encendida. Las sombras, de pie, excepto* AQUILINO *y el* CURA, *que continúan ensimismados. Presentando.)* He aquí la señora de la casa, doña Posteritas; pero

familiarmente, por abreviar, la llamamos doña Poste. *(Esta avanza altiva y les vuelve la espalda.)*

ISABEL.—*(Extrañada.)*—¿Para que nos reciban así volvemos al mundo? ¿Se saluda así ahora?

ANSELMO.—No os preocupéis. Fuera de sus ídolos, doña Poste no saluda, como no la saluden primero. Doña Poste, tenga la bondad. *(Presenta.)* Isabel la de Granada; Juana de Arintero; Lucía.

POSTE.—Encantada. No puedo ocuparme de visitas. Para todas las cuestiones de servicio ahí está mi administrador.

ANSELMO.—*(A las sombras.)*—Ya comprenderéis. Perdonadla. Doña Poste no concibe el ser humano más que en relación de servidumbre. *(A* POSTERITAS.) Hubo una reina que, en presencia de la Sabiduría bajo el hábito de fraile jerónimo y el nombre de Hernando de Talavera, aceptó gustosa el mandato de arrodillarse mientras el fraile la confesaba sentado, y decía satisfecha que aquél era el confesor o consejero que buscaba.

ISABEL.—Esa reina fuí yo. *(Asombro de* POSTERITAS.)

ANSELMO.—Y hay otra reina, mucho más poderosa y soberbia, que no compadece ni a los poetas que enfermen en su culto por componer estrofas de divino amor, y echa de su reino aquellos otros poetas de pelo corto y alma larga, a los que llama visionarios y agoreros, porque no son avestruces, y no quiere escuchar la voz de los maestros en sus concilios..

POSTE.—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! Los maestros son buenos para los chicos. Y lo demás son monsergas. Hoy

ya no hay reinas ni reinos; ya no hay más que democracia.

Anselmo.—Y mentira. Esta reina demócrata actual considera a los maestros sólo buenos para los chicos de escuela, porque es tan ignorante, que no comprende su ignorancia, y en lugar de resolver los problemas como la primera, los crea y los complica. Pero es que aquélla amaba, sobre todo, la verdad; estotra no ama más que la bambolla. Y si una tenía los servidores que buscaba, otra tiene los explotadores que merece. Señora, no podemos decir que aquí no hay reinas si no las vemos. Quizá somos todos reyes si nos lo imaginamos y proponemos; pero no todos podemos servir a los reyes. Yo sirvo a la verdad y no puedo servir a dos señores. (Posteritas *le mira con olímpica soberbia a través de unos impertinentes.)* Y éstas que veis conmigo y tenéis por substancias, son sombras, espíritus de los que fueron, y también vienen con otro ideal de servicio.

Poste.—¡Mientes, impostor! *(Deja caer el maletín al ir a tocar la sombra de* Isabel, *que se esfuma al disminuir la luz; da un grito y cae desmayada.)*

La Doncella.—¡Socorro! ¡Socorro! Substancias, sombras o sueños, apartaos.

(Aumenta la luz. Las sombras aparecen como estatuas simétricamente colocadas en semicírculo alrededor del escenario. El Administrador *acude con* Anselmo *a auxiliar a la señora. El* Cancerbero *se interpone y saca un puñal.)*

EL CANCERBERO.—¡Nadie toque a la señora! ¡Que no se entere de nada! *(La incorpora, ayudado por la* DONCELLA, *y traslada al diván.)*

ANSELMO.—*(Al* ADMINISTRADOR *y a las sombras, que se han acercado.)*—¡Pobre señora! Ya lo véis. Su enemigo es el espíritu.

POSTE.—¡Sales! ¡Las sales! ¡Los sellos!

(La DONCELLA *le lleva el maletín, del que saca frascos, y le da algún sello, que toma entre aspavientos histéricos.)*

ANSELMO.—Tan pronto como se encuentra entre lo desusado se hace un ovillo y no es sino un tarro de sales. No cultiva otro trato y tiene la mentalidad de sus criados. Moradora de otros medios, en vano trataréis de hacer comprender vuestra sabiduría y vuestro credo a este saco roto de envidia, vanidad y vaciedades.

EL ADMINISTRADOR.—Estoy desesperado. Compadeced al primer administrador suicida, que a eso me llevará este echar cuentas y sacar canas. La labor y las riquezas de siglos acumuladas aplastan y descuartizarán a doña Poste, porque nadie se entiende cuando unos miden el valor de su trabajo y a otros se lo dan medido. Y es que yo no soy yo ni nadie está en su puesto en esta casa. En la carrera por el poder, el cancerbero y la doncella han llegado a una unión ilícita y expulsado a los demás criados. Y así está la casa en que los criados son los amos y secuestran al administrador y a la señora.

ISABEL.—*(Desengañada.)*—Sin ser fiel a sí mismo no se puede ser fiel a los demás.

EL CURA.—¿Y qué hombre que sirve obligado a otro es fiel a sí mismo?

ISABEL.—¡Cómo habéis puesto este nuestro mundo!

JUANA.—¿De qué te ha servido a ti toda la vida luchar a brazo partido contra el privilegio? Hoy encontramos el mundo acaparado por el privilegio: el privilegio de castas, el privilegio de posición y el de las profesiones; el privilegio del dinero, el más odioso privilegio anónimo de las anónimas compañías que no tienen alma que perder ni cuerpo que encarcelar ni otro fin que perseguir su presa a lomos de la miseria humana. Vámonos de aquí, antes que sus agentes se apoderen de nosotras y nos hagan mecanógrafas o guardesas. *(Con amarga desesperación.)* ¡Todo, menos madres!

ISABEL.—Capaces serán de encerrarnos en una oficina o una fábrica. El privilegio no tiene escrúpulos y àcecha siempre con su zarpa de dragón las libertades del pueblo.

ANSELMO.—El dragón ha evolucionado hasta tener hoy figura humana, un poco ventruda *(Señala al* ADMINISTRADOR.); tiene uniforme, como los cuerpos, y su zarpa, enguantada por la ley, es el monopolio.

ISABEL.—¿Es posible? Bendito y alabado sea el señor S. Jorge. Hemos de enviároslo otra vez para que podáis vivir aquí.

JUANA.—Pero ¿te sorprendes, Isabel? Lo primero

que vimos en la tierra fué mi escudo, adornando la casa de mi enemigo. Así es el mundo. Y lo que no se puede mudar se deja estar.

Administrador.—La señora tiene una consigna: "Que no se entere de nada."

Poste.—*(En pie.)*—Yo soy dueña en mi casa, y echaré de ella a los intrusos.

Isabel.—Esa empresa de llevar la comprensión a doña Poste es tan dura como las de mi tiempo. Pero eso es vivir: empeñarse en duras empresas. Mirad hacia arriba y arrasad las murallas que tapan el horizonte.

Anselmo.—Las murallas ya no se derriban a trompetazos de aire.

Isabel.—Demoledlas a ladrillazos de pensamiento.

Anselmo.—A ladrillazos hemos de franquear nuestro camino por entre los monopolios, y en ello malgastamos la energía con que podríamos cargar contra la codicia y la mentira y la incomprensión beocia de doña Poste. Pero doña Poste no se conmueve a ladrillazos ni a tiros.

Administrador.—Sin embargo, que tosa el cancerbero, estornude la doncella o dé una gran patada quien yo me sé. Entonces baila el mundo de cabeza.

Poste.—*(Dirigiéndose al grupo decidida.)*—Yo os conjuro a que digáis qué sois y qué traéis. En mi casa he de saber todo secreto.

(El Administrador *retírase a su mesa. El* Cancerbero *inspecciona las cajas de caudales y después acércase a la* Doncella,

que, en el lado opuesto, practica extrañas contorsiones con un libro, una escoba y una campanilla.)

ANSELMO.—Pero no sabes reconciliarte con la amargura de la verdad. Y eso es lo primero que debes aprender.

POSTE.—No esperes en vida mis favores. Yo soy juez en mi casa.

ANSELMO.—Con el tiempo también la justicia muda de parecer, según dijo el padre.

ISABEL.—*(A* POSTE.)—Es de la ilusión desdeñar las visitas de la experiencia; pero te vemos extraviada y venimos a advertirte de tu extravío. Cuida de que los criados viejos no se te pongan en las peinetas y te dicten el credo de su codicia.

POSTE.—Y si se te ponen, ¿cómo los apeas?

ISABEL.—Pon a la puerta el cancerbero, y la cocinera en la cocina, y si no puedes traer a tu servicio la inteligencia, que es esquiva y necesita la soledad, hazla objeto de tus imposibles amores; pero, ¡por los clavos de Cristo!, no veas en la inteligencia la cruz del diablo como ahora. Es como encontrarse en la sopa el enemigo.

POSTE.—No comprendo. ¿Sois, acaso, la Sabiduría?

LUCÍA.—Yo soy la inocencia, que sólo se conoce cuando se ha perdido.

JUANA.—Yo soy el espíritu—

ISABEL.—Y yo la mano—

JUANA e ISABEL.—que te levantó y te puso en marcha.

El Cura.—Yo soy la continuidad, el eslabón en la cadena de la Iglesia. No te olvides de satisfacer sus diezmos o tributos.

Anselmo.—Yo soy el átomo desprendido que pasa y quiere dejar su obra.

Aquilino.—Yo fuí el animal humano más útil y sufrido de la especie.

Poste.—Sois comparsa de carnaval o de teatro. No entiendo vuestro lenguaje.

Anselmo.—Así tampoco te divierte.

(La Doncella, *con la escoba y el libro, se coloca detrás de* Posteritas. *El* Cancerbero, *más atrás, con la vela y la campanilla, que toca al levantar la escoba la* Doncella.*)*

Poste.—Idos y dejadme en paz.

Juana.—*(Desfila por delante de ella.)*—No queremos que la guerra te devore.

Isabel.—*(Detrás.)*—Ni que en la paz te pudras.

Lucía.—*(Siguiendo.)*—Apagaste el fuego sagrado del amor.

El Cura.—*(Detrás.)*—Y no te miras a la luz de los que fuimos y los que vienen.

Aquilino.—Salva el campo, ante todo, y cúrate, doña *Peste.*

(Desaparecen los espíritus.)

Anselmo.—*(Lucha entre salir o quedarse.)*—¿Soñar? ¿Vivir? ¿Aventura, realidad o sueño? Adiós, señora. *(Sale.)*

CANCERBERO.—*(Aparte, a la* DONCELLA.*)*—La señora está hidrópica. Somos los amos.

DONCELLA.—Apoplética me parece a mí que está.

CANCERBERO.—Yo creo que tendremos para poco. ¿Verdad que seremos muy felices?

DONCELLA.—No beberás. No holgarás. No jugarás. Y me dejarás una caja para mis gastos; pero si me dejas dos, puedes hacer lo que quieras: hasta guardar en casa los cinco sentidos cuando salgas a la calle, que no haces otra cosa.

CANCERBERO.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Tú honrarás siempre mi fuerza.

DONCELLA.—Por la cuenta que me tiene.

CANCERBERO.—Somos los amos.

POSTE.—*(Saliendo de su asombro.)*—O unos u otros siempre se me han de poner en las peinetas. No me va a quedar más recurso que el pelo corto.

UNA VOZ.—Y el alma larga.

POSTE.—Huyen de mí y me dejan con los criados. Huyen de mí como de una vieja avinagrada. ¿Tengo yo la culpa o la tienen los que me dejan sola? Señor, perdónanos nuestras deudas, ya que nosotros no nos las perdonamos.

(Se hunde más atrás en el escenario.)
(El CANCERBERO *tapa el hueco con un cajón, sobre el que se sienta con la* DONCELLA.*)*

CANCERBERO.—Bien mío, somos los amos. Nosotros repoblaremos el mundo. *(Fijándose en el* ADMINISTRADOR.*)* Nos falta aquel tirano. *(Corre hacia*

él con el puñal, que luego tira.) Le colgaremos con las cuerdas de la bolsa. *(El* ADMINISTRADOR *se encierra en una caja de caudales. La cierra.)* Somos los amos.

(ANSELMO *entra con* POSTERITAS *cogida del brazo. El* CANCERBERO *y la* DONCELLA *se miran asombrados.)*

ANSELMO.—Te digo, voluminosa dama, que estaba soñando. Soy sonámbulo; esto es, ando con mis sueños, como el despierto con su presa. Un cuerpo desplomado en la charca me salpicó y desperté. Me pides que te acompañe hasta tu casa. Bien, aquí estás.

POSTE.—Yo no sé si querías salvarme o destruirme; pero parecía que intentabas remover los cimientos de la casa.

ANSELMO.—Salvar y destruir no siempre son términos contrarios. A veces son la misma cosa.

POSTE.—Yo necesito un alma que me salve y me levante.

ANSELMO.—Tal creo yo, que estás terriblemente a ras de tierra. Y si no tienes un alma que te eleve, no busques un cuerpo. Lábrate un ideal. El ideal, el desinterés o el diluvio.

POSTE.—Quédate tú a mi servicio.

ANSELMO.—Cuando se ha cincelado el alma, fundida y refundida en mis crisoles, no se juega al toma y daca ni se cuida del premio ni del castigo; se practica el bien por el bien y el arte por la vida, y no se venden servicios ni adulaciones. No intentes comprarlos de mí con recompensas. Ahí te quedas

(Señalándolos.) con los que te hunden y mendigan tus favores. *(Sale.)*

POSTE.—¿Tendrá razón ese salvaje? Ya estoy cansada de maestros y tutores, tutores y maestros que lo son por el salario y las recompensas. *(A los criados.)* Sólo el desinterés puede salvaros. *(Al auditorio.)* ¡Ah, el desinterés! ¿Dónde está el desinterés? No lo encuentro por ninguna parte. Y por el interés me ahogan. ¡Ah! El desinterés, o el diluvio. Sí, el desinterés o el diluvio. Siquiera el diluvio lo anega todo, y está treinta codos sobre los montes más altos.

CANCERBERO.—*(Aparte, a la* DONCELLA.)—¿Lo oyes? El diluvio. Nosotros encauzaremos las aguas.

DONCELLA.—Ya cerraremos las compuertas y desviaremos las corrientes.

POSTE.—*(Al auditorio.)*—¿Cómo puedo yo organizar la vida sin servidumbre? ¿A cuál he de echar? ¿A cuál? ¿Acaso necesito yo muletas?...

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA PECADORA DE ISOBA

2,50 pesetas.

> «Húndase el pueblo de Isoba,
> menos la casa del cura
> y la de la Pecadora.»

Con estas tres sencillas líneas proféticas, que conserva la tradición, se quiere explicar el origen del lago Ausente, suspenso en lo alto de los Montes Astúricos, y sobre ellas se ha levantado el edificio de este drama, cuya arquitectura, por su austeridad y solidez, es comparable a la del Partenón.

Pero no es obra de titanes, como el gran templo, sino de una sencillez extraordinaria, como todo gran arte. Todo en el drama es sencillísimo, racional y humano; hasta la explicación de la "profecía de la peña", que lo sustenta. Drama de amor y dolor, no forzado, extraído de la vida, es de todos los tiempos, porque es esencialmente pasional, y sus almas primitivas, sedientas de verdad y torturadas por la duda, son hijas, al cabo, de una época moderna.

El autor ofrece una gallarda prueba de sus doctrinas sobre la renovación del drama y el más sólido fundamento de los ataques y acusaciones que formula contra los mercaderes de la escena en *El Teatro a los Perros.*

Por vía de introducción, la obra va acompañada de un interesantísimo prólogo, cuyo estilo tiene todo el sabor clásico, pero no es académico.

EL TEATRO A LOS PERROS

2 pesetas.

Cuanto se ha escrito sobre el "teatro nuevo" y la
renovación del arte se condensa substancialmente en
veintitrés capítulos, concisos y precisos, acerca de
otros tantos problemas fundamentales de la obra
dramática. Y en cada uno de ellos el autor expone
brillantemente su punto de vista personal, doblemen-
e interesante, porque Anselmo Gómez vierte en sus
notas de espectador y crítico sus teorías de autor
dramático.

La obra apela a la nueva generación de autores y
al público capaz de sentir el arte, que no se satisface
n el "teatro de sensiblería y simpleza", y dilucida
uestiones esenciales, siendo, hoy por hoy, la mejor
guía para apreciar el drama. Entre otros sugestivos
pígrafes, los referentes al criterio en el arte, el hu-
mor, drama humano, naturalista, geométrico, inte-
lectual y del porvenir, comedia y tragedia, crítica y
utocrítica, el público del teatro, el actor, los nueve
forismos del artista, indican la orientación de su
ontenido.

ESTUDIO Y ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS MODERNAS

Un volumen, 8 pesetas.

Es una obra que recoge y analiza el movimiento sobre la materia que le sirve de título en las principales naciones de Europa, y trata ampliamente los problemas lingüísticos que nos confrontan, del modo más acabado que se haya hecho hasta ahora en lengua castellana.

En un estilo original se exponen, con la visión más clara y libre de prejuicios, cuestiones interesantes a todos, desde el estudiante al literato, y se coordinan unidad de plan y variedad de conceptos de la manera más atrayente y sugestiva. Así se pasa de un estudio sobre la naturaleza del lenguaje, que sirve de introducción, a través de los métodos y progreso de distintos países, a otros doctrinales y a la "estética de las lenguas", que es uno de los ensayos más interesantes y de perenne actualidad.

Esta obra ha merecido los juicios más favorables de personas y Corporaciones competentes, ajenos enteramente a gestiones o sugestiones del autor.